

LA BUROCRACIA CELESTE

LA BUROCRACIA CELESTE

por

Pedro J. Acuña



Concéntrica ediciones

Los archivos empleados para esta obra están bajo Licencia Editorial Abierta y Libre (LEAL-A). Con LEAL eres libre de usar, copiar, reeditar, modificar, distribuir o comercializar bajo las siguientes condiciones:

- ∅ Que cualquier producto creado a partir de este material herede algún tipo de LEAL.
- ∅ Que la comercialización no sea el único medio para adquirir el producto final.
- ∅ Que el uso no resulte perjudicial para cualquier colaborador.
- ∅ Que los archivos editables y finales sean de acceso público.
- ∅ Que en la próxima edición se dé crédito a los colaboradores de la edición anterior.

Segunda edición, 2024

ISBN 978-3-16-148410-0

Publicada por Concéntrica ediciones

El evangelio según Johnny	1
Una semana de carretera	25
Las caguamas y los días	37
Adentrarse en algo oscuro	55
Un territorio lejanísimo	65
Las liebres y el hielo	79
El convento es cárcel	99
El calvo corta el pavo	109
Como si fuera una jauría	121
Vinieron del norte	133

EL EVANGELIO SEGÚN JOHNNY

Mi mamá identificó el cuerpo de Johnny; fue la única que lo vio. Lo encontraron en la cuneta de una carretera al norte, a mil trescientos kilómetros de la casa. En el informe policiaco, la causa de muerte fue una infección agravada por la anemia. Nos dijeron que le habían amputado los dedos de las manos; aunque eso ya lo sabíamos.

Johnny estaría nadando en la alberca que construyó mi papá si no lo hubieran dejado morir de la manera más inhumana. Lo tuvieron día y noche, durante meses, cosechando aguacate en granjas perdidas, lo convirtieron en un engranaje más de la alacena del país. Y a él le encantaba.

Debimos poner más atención, habernos hecho más estrictos, carcelarios, así tal vez Johnny hubiera cumplido veinte. Pero él se entregó tanto a esa vida que incluso en la muerte parecía satisfecho. Esto no lo dijimos nosotros, sino la secretaria que nos entregó el certificado de defunción. Casi le rompemos la cara. Hay que medirse porque, aunque fuera verdad, era horrible.

He aquí otra verdad: Johnny eligió cómo morir, más bien, eligió ese camino y sabía que terminaría muerto. Nunca escuchó los llantos de preocupación de mi papá o los gritos de la tía Male. Johnny se creía superior, no en el mal sentido, sino que ya no podía vivir como nosotros. Se consideraba un elegido y nada de lo que le dijimos pudo sacarle esa idea de la cabeza.



La primera vez que escuchó hablar a Carlos Jansen, Johnny regresó a la casa con mirada de niño perdido y, horas después, encontrado; una mirada tranquila, descansada, dispuesta a dejar ir todas las pendejadas y preocupaciones. Jansen le hizo creer que había otro mundo, mucho mejor, que lo esperaba.

Con el único que Johnny realmente hablaba era el Bicho. Tenía seis años y admiraba a su hermano mayor como se admira a los héroes de la tele. Johnny era su gurú; Bicho, su fiel acólito. Se quedaban jugando Nintendo todos los viernes hasta la madrugada.

Tenían una colección de revistas porno bien viejas: *Penthouse*, *Playboy*, *Hustler*. La más reciente tenía a Farrah Fawcett en la portada. Entre vida y vida, el Bicho le preguntaba a Johnny sobre los cuerpos de las mujeres:

—Eso se llaman chichis, Bichín. Se usan para que no se caigan los vestidos.

—¿Y no tienen pito?

—No, a las mujeres les falta eso. Pero tienen chichis y más nalgas. Quedamos parejos.

Si Bicho podía pasaba los niveles de los juegos, Johnny le prestaba durante el fin alguna de sus playeras. Siempre escogía la de los Stooges o de Middle Class.



Catorce semanas después de que Johnny cumpliera dieciséis años, afuera de la prepa, un par de tipos con corbata y camisa de manga corta repartían volantes que anunciaban una charla con «el gran vicario de Dios», Carlos Jansen.

En papeles media carta y mimeografiados a una tinta, se prometían milagros, revelaciones y salvación. La cita era ese mismo fin de semana en un parque de la colonia.

Johnny convenció a Cuca de acompañarlo.

—Si son puras mamadas —le dijo mientras desarrugaba su playera de los Bad Brains—, te invito un helado.

A mediodía de ese domingo, una carpa enorme y unas seiscientas personas en medio de una plancha de concreto parecían esperarlos. Encontraron lugar y un órgano eléctrico rompió la monotonía del frío. Un coro de mujeres comenzó a cantar; apenas si se les oía: «No nos... no nos moverán... La fe mueve... el corazón del faraón...». Se sumaron a la armonía un bajo, una guitarra y unas percusiones grabadas. La gente se levantó, seguía el ritmo con las palmas. A Cuca y a Johnny les pareció divertido participar. A los cinco minutos, subió al templete un hombre alto, con la piel bronceada, lentes oscuros y una sonrisa que de seguro se veía desde las últimas filas.

Jansen habló tres horas seguidas. Cuca, a la primera, estaba aburridísima, pero el público se veía radiante: aplaudían con cada

punch line del predicador; los «aleluyas» y los llantos subían como la marea en luna llena.

Johnny clavó los ojos en el suelo durante la primera parte del discurso. Jansen declaró que le enfurecía cómo se trataba a nuestros hermanos en la frontera, que si los cazadores de migrantes no tenían nada que hacer, que se fueran a revolcar en su chiquero. Pero tampoco éramos inocentes: según el predicador, la falta de fe nos estaba sumiendo en la apatía, que las empresas y el gobierno nos sangraban, que el poder era una hidra de múltiples cabezas.

Para lo único que servían los impuestos era para pagar las casas de los diputados, que los programas políticos eran suicidas: a los jodidos, joderlos más; a la clase media, hacerla jodida y así *ad infinitum*. ¿Cómo pensar cuando se tiene el estómago vacío? ¿Cómo hacer algo por el mundo cuando mandas a tus hijos a dormir para que no sientan hambre? A decir de Jansen, nos habíamos tragado el cuento del sistema y admirábamos a los empresarios, creíamos que eran gente que trabajaba duro y que merecía sus casas en Ibiza. Para contrarrestar estas falsedades, debíamos regresar a un estado de adolescencia, de rabia contra la injusticia del mundo. Jansen

enfocaría ese coraje y lo transformaría en acciones positivas, en estrategias que nos llevarían al reino de Dios, pero, sobre todo, a la justicia en la Tierra.

Cuando una de las ayudantes le llevó un vaso de agua, el predicador comenzó a hablar en segunda persona:

—Sé que algunos vienen aquí sin fe, pero a ellos no les hablo. Tampoco les hablo a quienes están conmigo. Te hablo a ti, que estás sentado sin saber por qué. Hay gente que no se quiere comprometer, que teme estar en lo correcto. Les gusta la mentira del mundo porque ellos no son más que mentira. Tú no eres eso. Tú eres a quien yo estaba esperando.

El vicario se calló un momento. Cuca creyó que la estaba viendo a ella, pero se equivocó: la mirada de Jansen estaba fija en Johnny y Johnny le respondía con los mismos ojos insistentes.

Cuando regresaron, Johnny se encerró en su cuarto y escuchó, una y otra vez, «Politicians in My Eyes». Bajó por un poco de huevo con ejotes y subió de nuevo, sin hablar con nadie.



Johnny quería una vida con sentido, como nosotros, como todos, pero no podía conformarse con nuestras respuestas simples. Cuando los gemelos lo llevaron a su primer concierto de *hardcore*, llegó a la casa con la nariz rota y su playera de Rage Against the Machine llena de sangre. Mi mamá la lavó, pero una mancha verdosa, justo en el ojo derecho del Che Guevara, permaneció insistente como un recuerdo de su primer *slam*.



Johnny consiguió una copia del *Manifiesto comunista* y lo subrayó; anotó en los márgenes los titulares que veía en los periódicos. La primera frase —«Un fantasma recorre Europa»— estaba acompañada de la noticia del desalojo violento de cuarenta y cinco personas de un inmueble intestado del Centro. Johnny dibujó un granadero que vigilaba a un muchacho con las manos en la nuca y un paliacate negro sobre el rostro.



Johnny trató de hacerse vegetariano y le reclamaba a mi mamá cuando hacía sus

rollitos de bistec. Un día, enfrente de nosotros, Johnny tiró la carne a la basura y se comió solo los chícharos y las zanahorias. Mi papá le dijo, más harto que molesto:

—Si no te lo vas a comer, ¿para qué desperdicias? Mejor dáselo a tus hermanos.

Johnny fue por nuestros platos y también los tiró a la basura. Papá se levantó y amenazó con el cinturón. Se miraron como en un *western*. Mi mamá, mediadora abnegada, empezó a gritar:

—¡No le vayas a pegar, Manuel!

Mi papá dejó el cinturón en medio de la mesa. Cuando terminamos de comer, Johnny tomó con desdén el pedazo de cuero negro, lo tiró al piso y salió al patio.



Johnny siguió yendo a los encuentros con Jansen. A veces, iba sin Cuca y regresaba muy tarde a la casa. Traía folletos, revistas y videos que no dejaba que nadie viera más que Bicho. Se encerraban en su cuarto; Johnny lo mandaba por Lucky Charms o espagueti a la crema y se quedaban jugando *Zelda* hasta la madrugada. A veces, los espiábamos a través de la puerta. Apenas si distinguíamos algunas palabras que decía Johnny: «nave»,

«era», «viaje», «salvación», «reciclaje». En la mañana, tocábamos y les decíamos que ya era hora de ir a la escuela. Johnny iba directo al baño, se lavaba los dientes, desayunaba en tres minutos y salía sin despedirse. Bicho corría atrás de él con un sándwich de pan blanco en la boca.



El futuro desesperaba a Johnny. Quería resolverlo lo más rápido posible, como si fuera una tarea pesadísima. Eso no quería decir que estuviera apático, sino que le cansaba no tener algo definitivo, que nuestra obligación fuera pensar siempre en el paso siguiente: el examen de admisión, la carrera, casarse, comprar una casa, tener hijos, morir. La vida tenía un esquema bien trazado, pero con el gran truco de que nuestras expectativas debían ser infinitas. Creer, para mi papá, era una pérdida de tiempo; el progreso y el mejoramiento (sus palabras) eran los valores que nos heredaba. Para Johnny, la postura de nuestra casa se resumía en un «¿y luego qué?», y luego, y luego, y luego. La consigna: siempre hacia delante, hacia arriba y adelante. Johnny buscaba el absoluto, tenía sed de ello. Jansen

se lo dio: un objetivo, un propósito por el que valía la pena luchar. Cuca le dijo en alguna comida que era un conformista, y en cierto sentido lo era: Johnny se conformaría con nada menos que la Verdad.



Después de una plática de Jansen, Johnny ya no regresó. A las doce de la noche, mi papá le marcó a la policía. Ellos le dijeron (como si fuera un mal *thriller* de John Woo) que hasta las veinticuatro horas se consideraba a una persona perdida. Mi papá les explicó la situación y, en el momento que mencionó las reuniones en el parque, le pidieron que esperara un momento. Seis minutos más tarde, un detective de apellido Rodríguez habló por la bocina y quedó de visitarnos al día siguiente.

Rodríguez llegó a la hora del desayuno. Mi mamá le preparó unos huevos rancheros. Con el bigote salpicado de yema, el detective nos explicó lo que sucedía: las reuniones de la carpa eran organizadas por La Ciudad de la Resurrección, una secta. Según los datos que tenían, era liderada por un tal Carlos Jansen, que emigró de Suiza (aunque de madre colombiana) junto con un grupo de sus

seguidores a principios de los ochenta. La secta era sospechosa de fraude y evasión de impuestos, pero los abogados de Jansen habían desestimado todas las pruebas. Rodríguez estaba a cargo del caso desde hace meses. La situación de Johnny era —se disculpó por la palabra— perfecta: podrían acusar a La Ciudad de secuestro y, como Johnny era menor de edad, ni las manos iban a poder meter.

Desde el punto de vista policiaco, dijo Rodríguez, el funcionamiento de la secta era típico. Las reuniones se celebraban a puerta abierta, servían como redes de captación, en las que la culpa y el perdón circulaban como pan caliente. Después, cuando había cierto anclaje emocional, chantajeaban: había que comprometerse; las medias tintas no funcionaban. La Ciudad de la Resurrección se mantenía de las donaciones de sus miembros, que «por voluntad propia» cedían sus bienes a Jansen. Los que no tenían nada, como Johnny, debían dar un extra de fidelidad y servicio: cambiar la bacinica del predicador durante los discursos, hacer proselitismo, trabajar en el campo, preparar la comida.

Jansen había ideado un sistema nómada de control: rotaba a sus feligreses en las diferen-

tes comunidades agrícolas que controlaba y esas granjas las cambiaba de lugar sin avisarle a nadie. Al no dejar que sus fieles estuvieran en un mismo lugar, Jansen los desorientaba. Las constantes terapias de sobajamiento, la alimentación baja en proteínas y lo exhaustivo de treinta y dos horas en un autobús sin calefacción eran estrategias de desbalance. Jansen los consolaba, les decía que él era su único soporte. Si estaban cansados, él lo estaba aun más, pero de todas maneras los cargaría.

Rodríguez nos dejó su número personal y juró que haría lo necesario para encontrarlo. Además, cuando supo que en cuatro meses Johnny cumpliría dieciocho, nos advirtió que no había mucho tiempo: al ser mayor de edad, el alegato de secuestro perdería vigor.

Nos dejó silenciosos, con el tufo de su colonia barata impregnado en nuestros muebles. La abuela lloró. Ni siquiera Bicho pudo levantarse a consolarla.



Llevábamos cuarenta días sin saber de Johnny. Bicho dejó de jugar Nintendo: no sabía cómo pasar un nivel del *Bomberman* y necesitaba que Johnny le diera el *password*. Empezó

a cortar bolsas del súper al tamaño de las porno; embaló cada una de ellas. Las cambió de lugar muchas veces para que nadie las encontrara. A diario las sacaba, les quitaba el polvo y las miraba con detenimiento. Según él, si pasaba un rato sin que nadie las ojeara, se podían echar a perder y, mientras Johnny no regresara, debía tenerlas bien cuidadas. Le robó a mi mamá los guantes para lavar trastes y, cada vez que les daba mantenimiento, se los ponía, como si estuviera trabajando con reliquias.



La policía incautó una casa que La Ciudad de la Resurrección usaba como centro de entrenamiento. No hubo detenidos, ni siquiera el velador. Encontraron una caja con VHS en la recámara principal: eran los videos de entrada a la secta. Carlos Jansen grababa las ceremonias de iniciación; Rodríguez nos dijo que podíamos ver el video de Johnny, pero que el contenido era muy «gráfico». Dijimos que sí, que no importaba.

Tras unos segundos de estática, apareció la cara del profeta. Estaba rapado, con ojos azules y demasiado abiertos. Permaneció quieto

durante un momento, con una sonrisa forzada, pero extrañamente sincera. Su voz era suave, casi un arrullo. Estaba vestido con una túnica blanca, olanes en el cuello y los puños. La cámara hizo un *close up* a su cara. Jansen habló:

—El planeta Tierra está a punto de ser reciclado. La única posibilidad de evacuar es ir con nosotros, ¿lo entiendes, Johnny? Todo tiene su ciclo, su temporada, su inicio, su final. No decimos que el planeta Tierra va a ser destruido; decimos que va a ser reacomodado para recibir una nueva civilización sobrehumana. Tú quieres vivir en esta nueva Tierra, ¿no, Johnny? Estamos al final de los tiempos; no lo dudes ni un segundo. Tú debes decidir —y por tu bien, decide lo que es correcto— si crees o no. Eso es la fe. Pero la fe tiene un costo; si no es visible, no es fe, ¿lo entiendes, Johnny? Somos el regreso del sol de nuestros padres. Te damos la oportunidad de conocer la verdad para que puedas conectarte con ella, para que te salves. Porque queremos que te salves. Pero siempre hay un precio y lo sabes, ¿verdad, Johnny? Debes demostrarnos diez veces que puedes pagar ese precio para recibir la recompensa última: entrar por la puerta de La Ciudad

de la Resurrección. Solo el primero te dolerá, te lo juro; también, solo habrá un primero. Cuando seas feliz, recordarás este momento como el inicio, como el verdadero comienzo. Será la última vez que sufras. ¿Lo estás disfrutando, Johnny? Ese dedo es lo primero que vas a perder para ganar tu verdadero cuerpo, con él podrás entrar por la puerta. ¿Por cuál empezamos, Johnny?

Oímos su voz en *off*:

—Este.

Papá comenzó a temblar y mamá volvió a comerse las uñas como no lo hacía desde que era soltera. La cámara cambió de ángulo y enfocó la cara de Johnny; después, pasó a su mano. El verdugo tomó un cuchillo de hacha y lo azotó contra el meñique, que se desprendió con un solo tajo. El muñón sangró como una manguera un par de veces. Cauterizaron la herida con una plancha; la marca: Black & Decker. No se escucharon gritos. Rodríguez se apresuró a quitar el VHS.

La situación era grave, pero, en palabras de Rodríguez, alentadora: si La Ciudad estaba haciendo amputaciones rituales, también podrían acusar a Jansen de tortura y terrorismo. Mi papá estaba en *shock*. Fue mi mamá quien

lo acusó de oportunista. La verdad es que a Rodríguez le valía madres nuestra familia. Él quería resolver el caso y pasar al siguiente. Johnny era su palanca para capturar a Jansen. Por supuesto, nunca lo admitió. Tomó a mi madre por los hombros y la tranquilizó:

—Le prometo, Susana, que Jonathan es lo más importante de este caso. Él y los demás, su seguridad. Y va a regresar vivo. Se lo prometo.

Rodríguez abrazó a mi mamá. Mi papá seguía ido, con la imagen del meñique desprendido como un taladro en el cerebro.



Johnny no dijo ni una palabra cuando llegó a la casa. Lo encontraron unos turistas canadienses debajo de un muelle, setecientos kilómetros al sur de nuestra ciudad y a tres semanas de su cumpleaños dieciocho. Los canadienses estaban pescando erizos y esnorqueleando cuando vieron flotar una túnica blanca entre los pilones de madera. Los turistas dijeron que, cuando lo vieron, primero pensaron que era una medusa blanca y tan grande como un adolescente.



Johnny caminaba en silencio por el patio mientras se acariciaba los muñones de su mano izquierda. Mi mamá creyó que era buena idea mandar a Bicho para sacarlo de su ensimismamiento. Llevamos la tele grande al cuarto de Johnny y el Bicho sacó las porno del último escondite (atrás de la ropa interior de la abuela). Mientras jugaban *Contra*, Johnny puso el *Under the Running Board* y le platicó de Jansen y de La Ciudad de la Resurrección.

—Eso de iglesia es una fachada. Jansen es realmente un revolucionario, solo que sabe muy bien que la mayoría no está lista para oírlo. Por eso tiene que maquillarlo de religión. Lo que quiere es crear un Estado verdaderamente socialista. ¿Te acuerdas de eso, Bicharro? (Vete por arriba, ahí está la *flame*). Ya hasta compraron unos terrenos en Colombia o Venezuela; no sé bien. Están construyendo una ciudad justa, un paraíso, y yo me voy a ir para allá. A Jansen se le murió un hijo y dice que me parezco. Por eso me tiene tanta confianza.

—¿Y no te regañan? ¿Te dejan jugar Nintendo?

—Tenemos que ocuparnos en muchas cosas, como sembrar y hacer casas. Plantar jitomates

no es tan divertido como el *Contra*, pero es más importante.

—¿Me puedo ir contigo?

—Cuando crezcas un poquito más te llevo, Bichín.

Bicho perdió la vida y le dio el control a Johnny, quien se empezó a reír y le pintó dedo, aunque, como ya no tenía el medio, usó el anular.

—Yo ya no puedo —dijo entre carcajadas—, pero tú síguele.

Johnny le enseñó la imagen central de una *Penthouse*: una rubia con depilado brasileño; Bicho pensó que era como una pista de aterrizaje lunar.



Rodríguez nos sugirió que dejáramos descansar a Johnny, que nos contara solo lo que él quisiera. Nos recomendó un psicólogo, especializado en estos casos. Pero que si Johnny no quería ir a verlo, no debíamos presionarlo. Nos repitió que teníamos su teléfono a nuestra total disposición. Mi papá lo abrazó en silencio; mi mamá le dio un beso en la mejilla y le extendió una invitación para cenar.

Las recomendaciones del detective eran duras: estar atentos a cualquier llamada telefónica, a cualquier extraño, a cualquier carta, incluso a cualquier programa de televisión. El alcance y la influencia de Jansen eran desconocidos. Según lo que nos explicó, Johnny podría estar «a prueba» en la secta; pudiera ser que lo hubieran expulsado de La Ciudad solo como una forma de medir su fe. Era algo parecido a lo que vimos en el video.

—Jansen es un sádico, es impredecible —dijo Rodríguez—. La atención y el cuidado van a mantener seguro a su hijo. Ahora depende de ustedes. De todas maneras, voy a enviarles una patrulla para que dé vueltas por la cuadra.



No podíamos estar contentos. En sentido estricto, Johnny no había regresado. Su cabeza estaba con Jansen, con La Ciudad. Los tres psicólogos por los que pasó para que «superara el trauma» solo obtenían monosílabos. El único que podía hablar con él era Bicho, así que lo convertimos en nuestro picahielos que habría de romper a Johnny y regresarlo del exilio. A él lo mandábamos a la vanguardia en las exploraciones a su cuarto. Cuando

Johnny nos daba permiso de entrar, poníamos discos y subíamos Lucky Charms con leche y refrescos. Nos pasábamos las mañanas de sábado tratando de hacer que Johnny se volviera a interesar en nuestro mundo; él solo respondía con un suspiro y despeinaba a Bicho.



Los gemelos le compraron tres llaveritos de dedo de zombi por su cumpleaños. Creímos que Johnny se molestaría, pero nomás se empezó a reír y dijo: «Estos también los voy a entregar, de su parte», mientras sacaba del cajón su playera de Mötörhead. Mamá subió plátanos con crema y estuvimos jugando Nintendo todo el día. Johnny nos contó que La Ciudad era lo mejor que le ha pasado al mundo, que los periódicos no entendían ni a Jansen ni su mensaje. Nos contó que la vida era muy distinta allá adentro. Sí, tenías que trabajar, pero era necesario para llegar al propósito último. Había que terminar de construir el Reino de Dios (un reino socialista) en la Tierra. Y él estaba dispuesto a lo que fuera para lograrlo. Los gemelos le dijeron que no fuera pendejo.

—¿Por qué lo hacen a escondidas? ¿Por qué no salen en la tele?

—No es tan fácil —dijo Johnny—. Se puede colar algún policía y ¡zas! Tú sí entiendes, ¿verdad, Bicho?

Bicho asintió con la cabeza mientras intentaba matar un jefe del *Metroid*. Cuca también habló:

—No le andes metiendo cosas en la cabeza. Está muy chico.

—Es por su bien. Cuando salga de aquí, le hablaré puras cosas chingonas a Jansen de ustedes y nos vamos juntos.

Nos empezamos a burlar de él diciéndole monaguillo. Cuca se asomó por la ventana. Había una Ichi-van blanca estacionada en la esquina de enfrente. Los gemelos pegaron con cinta canela los llaveros a la mano de Johnny. Bicho jaló uno y, cuando lo arrancó, explotamos en una carcajada.



Uno de los gemelos terminó en el hospital con fractura expuesta de codo; se habían peleado en un concierto de Black Flag. Su enojo empezó porque Skrewdriver, los teloneeros, dedicaron una canción a Carlos Jansen.

El coro decía que cada dedo era una muestra de fe. Tratamos de detenerlos, pero cuando los gemelos están borrachos no hay quien los pare. Golpearon a uno de los de seguridad y se subieron al escenario. Uno de ellos agarró al vocalista y lo golpeó con el micrófono. Él le respondió con un atrilazo en las costillas. El otro gemelo trató de ahorcarlo con una mataleón torpemente ejecutada. Los *fans* se volvieron locos y empezaron a hacer un *wall of death*. Los demás gorilas sometieron a los gemelos con llaves bien hechas. Ni siquiera se tomaron la molestia de sacarlos del escenario y ahí mismo les patearon la cara. El vocalista se sumó mientras el guitarrista terminaba su solo y el de la batería comenzaba el suyo.



—Ma, ¿y si Johnny tiene razón?

Mi mamá bajó el libro, respiró hondo.

—No chingues, Cuca. No empieces tú con eso, ¿eh?

—Pero puede tener razón. Digo, el mundo sí es como Jansen dice.

Mi mamá le dio una cachetada; todos en la casa oímos el golpe.

—Ese nombre no se dice. Nunca. Estás castigada. Estás diciendo pura pendejada. No solo me da miedo Johnny, también Bicho. Ahora tú estás igual. ¿Qué no aprenden? No sabes nada. Eres una escuincla ignorante que no sabe nada.

Cuca salió al patio, sobándose la mejilla. Se tiró en el pasto. El día estaba despejado. Levantó la mano hacia el cielo y pensó que no sabría responder si le preguntaran qué dedo usaba menos. Tal vez el meñique. Observó cómo se vería su mano si no tuviera el índice, lo dobló; luego, el anular, el pulgar. Intentó dejando solo dos dedos estirados, como Johnny.



Bicho se despertó por ruidos de claxon. El frío de la mañana competía con el brillo naranja del sol. Con el meñique de la mano derecha sobre los labios, Johnny le pidió que no hiciera ruido.

—Ya me voy, Bichín. Te regalo las porno.

—¿Todas?

—Sí, pero que no te las vea mi mamá.

Se acercó y despeinó a Bicho con un brazo que parecía más un bate con dos clavos en la punta. Le dio un zape, regresó a la ventana,

cruzó el patio y se subió a una Ichi-van blanca que estaba en la esquina. Antes de desaparecer a través de la puerta corrediza, Johnny se volvió y levantó la mano para despedirse. Por el sol, Bicho solo alcanzó a ver una silueta negra. Los demás nos despertamos con el rechinido de las llantas.

Bicho lo vio tan claro como esa mañana, mucho antes de que los demás nos diéramos cuenta. No importaba cuántas veces lo rescatáramos de granjas de jitomate o papa, Johnny solo regresaría a nosotros dentro de una bolsa para cadáveres.

UNA SEMANA DE CARRETERA

La última vez que vi a David, mi exjefe, fue en las escaleras del metro Zócalo. Nos encontramos mientras yo iba bajando y él subía. Apenas si levantamos la mano para saludarnos. Cruzamos rápido e incómodos. Antes de dar la vuelta por el pasillo, volteé y lo vi correr escaleras arriba. También se volteó para verme. Volvimos a alzar la mano, más tímidos todavía. Durante el camino a mi departamento, miré mi muñeca izquierda; ya no tenía ninguna cicatriz. Solo me quedaba el recuerdo de la mano de Eli (morena, delgada, diminuta, casi inexistente) alrededor de la mía.



Tres años antes, regresábamos de una comisión en San Luis Potosí, la más cansada y tediosa de la que me acuerdo. Desperté cuando ya estábamos orillados. Eran casi las doce y había luna nueva. David checaba el GPS.

—¿Todo bien? —le pregunté mientras me acomodaba en el asiento vencido del Tsuru 97 y abría una cajetilla de Delicados. En el estéreo seguían los Misfits.

—Sí, pero ya me perdí —dijo con una sonrisa mientras me dejaba ver el celular—. Desde hace como media hora, pero no te quería despertar.

Miré la pantalla: estábamos a unos diez kilómetros de la autopista a Ciudad Valles, una línea amarilla y con muchas curvas; nosotros éramos un punto azul en medio del blanco indefinido del mapa.

—No hay bronca —suspiré mientras agarraba una de las muchas bolsas de Fritos y cacahuates Mafer que había en el asiento de atrás—. Solo hay que seguir en la carretera. Tenemos que salir a huevo a un pueblo o encontrar una gas. Ya ahí preguntamos.

David arrancó. Unos metros más adelante, noté que miraba de reojo el indicador de

combustible. Teníamos menos de la mitad del tanque.

—No estés de paranoico, güey —le dije entre bostezos. Él me arremedó y yo chasqueé la boca, divertida.

Decidí cambiar la música por algo más tranquilo pero mi celular no tenía señal. Puse el *Marquee Moon*, que era de lo poco que descargué en la mañana.

En lugar de la carretera, la luz de los faros se extendía en el vacío y en el zigzageo de las curvas. Del lado derecho, teníamos un cerro mordido; del izquierdo, barrancos enormes. A lo lejos brillaban tres antenas de radio. Parecían el cinturón de Orión.

Manejamos sin hablar durante una hora. No pude dormirme otra vez.

—No he visto ningún letrero ni salida.

—Tampoco yo —encendí otro cigarro y señalé dos luces móviles al extremo del barranco mientras sacaba el humo por la nariz—, pero allá abajo está la autopista. Salimos porque salimos.

Confiaba en David tras el volante. Durante muchas comisiones, cuando ya estábamos cansadísimos de levantar encuestas y vaciar datos en Excel como posesos, me decía: «Ahorita

tú duérmete. Yo me echo el regreso». Nunca tuvimos un accidente y, aunque él no fumaba, me dejaba acabarme cajetillas enteras dentro del coche. Era divertido ver cómo casi se le salían los ojos cuando se aguantaba las ganas de toser.

Durante los dieciocho meses que estuvimos en la misma empresa, David nunca exigió que nos quedáramos después de la hora de salida, hacíamos *home office* durante semanas, y nos protegió, arriesgando su puesto, cuando el supervisor de ventas quiso despedirnos por no entregar unas bases de datos que no nos tocaban. David era un jefe como nunca tendré otro. Lo extraño.

Acabó el *Marquee Moon* y puse el *Funkadelic*, que David traía en su cel. Comenzó una curva demasiado cerrada que casi hizo que tirara el cigarro que acababa de encender. Me agarré de la puerta y sentí que el automóvil jalaba hacia fuera, pensé que nos íbamos a salir de la carretera. Vi a David frenar con motor y logró controlar el coche, pero tuvo que bajar muchísimo la velocidad. La curva se hizo menos aguda y empezamos a ver triángulos de emergencia; creo que conté como veinte. ¿Quién trae tantos en su cajuela?

Justo al salir de la curva, antes de que David acelerara de nuevo, nuestros faros iluminaron un Valiant Acapulco en la cuneta, lleno de óxido y con un hombre al lado que sacudía un trapo rojo. Vimos que el auto se sostenía en un gato. David se estacionó más adelante y encendió las intermitentes.

—¿Te vas a parar? —mi voz se oyó más aguda que de costumbre.

—Creo que trae una niña en el asiento de atrás. ¿No viste?

Me quedé callada, con la vista fija al frente. Vi a alguien en el asiento trasero. Nada más. La oscuridad solo se cortaba por nuestra luz y por el sonido del motor en espera de huir. David metió reversa y quedó al lado del Valiant. El hombre, con unos acampanados de mezclilla y camisa vaquera blanca, gastada y manchada de aceite, se recargó en la ventana del copiloto. Olía a sudor y cocaola.

—Buenas. Se me ponchó la llanta y mi refacción no sirve.

—Buenas —respondió David al tiempo que inclinaba la cabeza para verle la cara al hombre—. Ahí atrás está la nuestra.

—Gracias, voy quitando el gato.

David se bajó. Vi hacia el Valiant. La luz interior estaba prendida. Sí había una niña en el asiento trasero.

Oí que el hombre y David cambiaban la llanta. Preferí mirar el barranco y entretenerme en pensar si sobreviviría una caída en él. Cuando volteé para buscar a mi jefe, la niña estaba afuera de mi ventana. Su vestido parecía de primera comunión, aunque ya amarillento y roto. Me asustó lo rápido que se ha de haber movido.

—¿Tienes comida?

Le dije que sí. Bajé, apagué el cigarro en la cuneta, le abrí la puerta de atrás y me senté junto a ella.

—Solo traemos papas, nena, y unas aguas —le pasé una botella.

La niña devoró los Fritos, masticaba con la boca abierta y se limpiaba los dedos en su vestido. Me dio mucha ternura.

—¿Viven por aquí? —le pregunté.

—En Matehuala.

—Andan medio lejos de tu casa. ¿Cómo te llamas?

—Eli.

La niña siguió comiendo. Nos quedamos calladas un rato mientras miraba a David y al

hombre lidiar con el cofre del Valiant. Revisé la cajetilla: quedaban cinco cigarros. Cuando alcé los ojos, la niña ya estaba junto a mi cara. Olía a queso en polvo y a saliva. Me agarró la muñeca izquierda y me clavó las uñas. Su mano era muy pequeña, delgada, morena.

—¿Me puedo ir con ustedes? Por favor, ya no quiero estar en el coche. Tenemos como una semana de carretera. Me quiero bañar y tengo hambre.

—¿A dónde van? —traté de quitármela, pero apretaba un buen.

—A casa de mis abuelitos.

—Espérate, me estás lastimando —me soltó un poco—. ¿Y viven muy lejos?

—No sé. Déjame irme con ustedes. A mi papá se le ponchan las llantas a cada rato. Le pedí que ya no fuéramos, pero dice que tiene que dejar lo que trae en la cajuela. Y nada más estamos dando vueltas. Tenemos como una semana de carretera.

Oí el motor ahogado del Valiant. Una, dos, tres veces intentó arrancar. David se subió al asiento del piloto. La niña me soltó la mano.

—Yara, el señor no trae gas tampoco. Dice que si le echamos aventón.

La mirada de David estaba confundida. Yo empecé a respirar bien rápido.

—¿Crees que haya bronca? —señalé con la cabeza al hombre del Valiant.

—No sé.

David miró a la niña. Ella se asomaba por la ventana hacia el barranco; tal vez también calculaba su muerte si caía en él. Mi jefe me miró y yo solo vi mi celular. Todavía éramos un punto azul perdido en blanco. Encendí otro cigarro.

—Pues vamos. ¿Él sabe dónde hay una gas?

—Ya le pregunté. Está igual de perdido que nosotros.

Mi jefe se bajó del auto, le dijo algo al hombre, fueron a su cajuela y los perdí de vista unos segundos. Regresaron al Tsuru. David estaba pálido. El hombre se quedó de copiloto y yo atrás con la niña. Mi jefe, nervioso, me veía a cada rato por el retrovisor. Sentí un vacío en el estómago. Volteé hacia la ventana y encendí otro cigarro.

Anduvimos alrededor de una hora. Nadie hablaba más que el hombre, que le hacía conversación a David; mi jefe contestaba «Sí», «No», «Pos sí ha llovido». Después de un rato, creo que el hombre se hartó de esas respuestas,

recargó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Los únicos sonidos dentro del auto eran el motor de nuestro Tsuru y Eli al devorar los Mafer. Yo revisaba el GPS con paranoia: seguíamos en ningún lado.

Después de otra curva cerrada, en donde otra vez pensé que nos íbamos a salir de la carretera (pero ni el hombre abrió los ojos ni Eli dejó de comer los Mafer), vimos unas luces. David aceleró. Llegamos a una gasolinera. El hombre y David estuvieron un momento sentados, como si ninguno se decidiera a bajar. El hombre movió la cabeza hacia el OXXO de la gas y le dijo a mi jefe que tenían (así, en plural) hambre. David se bajó y el hombre lo siguió de cerca, justo atrás de su espalda. Fueron a la cajuela y bajaron un bidón para llenarlo de gasolina. Cuando se metieron al OXXO, Eli volvió a saltar sobre mí y me clavó las uñas en el mismo lugar.

—¿Entonces sí me puedo ir con ustedes? No quiero ir con mi papá. Ya me cansé del coche y mi papá no se va a parar hasta que deje lo que trae en la cajuela. A cada rato se nos acaba la gasolina y se nos ponchan las llantas. Por favor, llevamos como una semana de carretera.

Me bajé del auto y le dije que me acompañara al OXXO; ella me miró enojada, pero también un poco triste, y bajó con cara de berrinche. Entramos a la tienda. Vi que el hombre se preparaba un *hot dog*; Eli escogía unas papas. Me quedé mirando las tarjetas de regalo. De repente, David me jaló del brazo, puso un dedo en su boca en señal de silencio y empezamos a caminar lento hacia la salida. Seguía muy pálido. Vigilaba con los ojos abiertísimos al hombre. Nos escabullimos en silencio hasta el Tsuru.

David arrancó y, por alguna razón que todavía no me puedo explicar, no aceleró a fondo. Por el espejo retrovisor, vimos al hombre, con el bidón en una mano y a Eli en la otra. Desde lejos, creí notar que ella tenía la misma mirada que cuando nos bajamos del auto. Las luces de la gasolinera se apagaban mientras nos alejamos, hasta que desaparecieron por completo. Nuestros celulares empezaron a sonar como locos por todas las notificaciones que nos llegaban. Unos segundos después vimos un letrero: «Ciudad Valles, 10 km». David tomó la desviación y entroncamos con la carretera casi de inmediato.

Le conté lo que me dijo Eli; también le pregunté si el hombre le había dicho algo sobre lo que traía en la cajuela. David me dijo que no, pero que, cuando lo ayudó a meter la refacción, vio unas sábanas sucias de sangre (o eso creyó que era). El hombre sacó una pistola y una navaja de debajo de las sábanas y se los guardó en la cintura del pantalón mientras le sostenía la mirada. Me dijo que apenas si había tenido fuerzas para jalarme del brazo en el OXXO y que las piernas todavía le temblaban.

Quise preguntarle qué pensaba que nos había pasado, pero supongo que ninguno de los dos tenía energía como para poner siquiera música. Me acaricié la muñeca izquierda: ahí estaban las marcas moradas de cuatro uñas pequeñas. Mientras bajaba la ventana y encendía el último Delicado que me quedaba, supe que estas iban a ser las últimas palabras que intercambiaríamos:

-¿Todo bien?

-No.

LAS CAGUAMAS Y LOS DÍAS

—El ruido también es música —le dices a la chica que está junto a ti—. Acá tienes que escuchar la forma en que se ejecutan las reglas, pero en el sentido de matar. Hay una fascinación por la rebeldía en el *noise*. Es rebelarse al placer de escuchar música; el *noise* es anulación.

Ella estira la espalda y mira el techo mientras enciende un Marlboro blanco. No es que exactamente le moleste tu sofá cama sin relleno y con pelo de gato. Le hartas más bien tú porque tienes la plática más aburrida de la ciudad. Además, hace cuatro días que no te bañas y un par de semanas desde que te lavaste los dientes por última vez.

La chica gira para hablar con alguien más. Quieres seguir con tu monólogo, pero ella se levanta. Tú haces lo mismo y vas por otra cerveza. Has bebido demasiado. Camino a la cocina, notas que alguien se metió a coger a tu cuarto. Vas a sacar a patadas a quien esté ahí, pero primero exiges que quiten las canciones de *anime*. Te tambaleas hasta llegar a tu *laptop*, le avientas un vaso con agua y hielos al tipo que puso el *opening* de *Slam Dunk* y pones un CD de Melt-Banana.

Esta gente (tus amigos, según) murmura lo mismo cada vez que beben contigo: «Mala copa», «Uta, pinshi Sergio cabrón», «No mames, siempre la misma pendejada». No los escuchas, pues subes el volumen del estéreo mientras salen en fila india; alguien escupe en la duela. En media hora, el vecino va a venir a patear la puerta: «¡Es domingo, culero!». Tú le vas a abrir y lo vas a espantar con tres aullidos y tus ojos de loco.

Pero por ahora, ya solo, la *laptop* te refleja y piensas en ti mismo. Sergio: soltero (te cortaron) desde hace cinco años, departamento en el Centro (que tu mamá paga con su pensión), ingeniero de sonido (desempleado desde hace cuatro años), calvo en la coronilla,

ebrio casi siempre. Desde hace rato notaste que la gente solo te habla porque las caguamas no faltan en tu depa.

Se te empieza a bajar la peda. Debes ir urgentemente por una cerveza, pues no te soportas sobrio. Es casi la una de la mañana del domingo. Sabes que el OXXO no te venderá alcohol a esta hora, pero lo intentas con la última esperanza que tienes para cualquier cosa, una frágil y ligera. El dependiente la rompe: «Hasta mañana; ya no me deja el sistema». Ruegas. El otro está con un montón de sueño y sin ganas de discutir. Cierra la ventanilla y te deja ahí, en la transición a la resaca mientras golpeas el vidrio con una moneda de diez.

Regresas a tu departamento. Bebes lo que los otros dejaron en sus vasos; no importa si tienen ceniza o cerillos. Lo haces hasta desmayarte.



El siguiente sábado, tus amigos van por sus caguamas gratis; el dinero que te da tu mamá se va en eso y en la renta. Como siempre, los corres en la madrugada del domingo. O más bien, se hartan de tu intento por socializar:

gritas, amenazas y cambias las canciones por esos ruidos que llamas arte. Hoy toca el *Anode*, de Otomo Yoshihide: cuarenta y cinco minutos de puro *feedback* sin sentido y demasiado *fuzz*. Alguien se acerca para decirte que estás matando la peda. Le escupes mientras gritas que, si no tuvieras unas bocinas de mierda, escucharía el granulado del *performance* de Otomo. Empujas a ese alguien, se cae, se rompe el vaso en la mano y empieza a sangrarle. Todos se levantan y te reclaman: «Pinche Sergio», «Otra vez lo mismo». Empiezan a dudar en voz alta si beber gratis vale tener que aguantarte. Los mandas a la verga, subes el volumen. El vecino vendrá, bajarás al OXXO, te negarán la cerveza, regresarás a tomarte las sobras. Y así para siempre.

Ya en el OXXO, el dependiente te ve, pela los ojos y desde lejos te hace un no con el dedo. Das de manotazos en la puerta de vidrio y le gritas que no sea mamón. El dependiente desaparece. Aparece de nuevo pero ahora con otros dos; son una triple bandera roja y amarilla. Abren la puerta, te empujan y te dicen que si ahora sí muy gallo. Sabes que no tienes oportunidad, así que te avientas con la cara de frente y los brazos en puño. Uno de los trillizos te mete

el pie, caes y te llueven patadas y pisotones. Por suerte, se cansan rápido y te dejan ahí, sangrando por la nariz.

Necesitas una cerveza porque el dolor te está poniendo sobrio. Recuerdas otro OXXO. Caminas hacia allá; son cinco cuadras. Tocas, pides cerveza, te dicen que hasta mañana. Estás muy adolorido como para hacerla de pedo otra vez. Caminas. Pasas por seis OXXO; todos igual: «Hasta mañana». Caminas muchísimo.

Ya falta poco para que amanezca. Te detienes a ver si ubicas donde estás: bastante lejos de tu casa, pero reconoces el rumbo. Ves un OXXO en contraesquina. No pierdes nada por preguntar. Te acercas; justo cuando vas a tocar, una adolescente sale. No le calculas más de quince. Te da curiosidad que alguien de esa edad atienda un OXXO en la madrugada. Preguntas si está sola y al instante te arrepientes de cómo suena eso. Te responde que sí, sonríe y te dice que qué se te ofrece. Le pides dos caguamas de Tecate. Te dice que solo le quedan León. Te sorprendes porque, según tú, en el OXXO no venden esa marca; le dices que entonces tres. La ves desaparecer; literalmente crees verla desaparecer entre los anaqueles de papas y pan

Bimbo. Te espantas un segundo, pero estás pedo y madreado. Nunca podrías confiar en alguien así de borracho. Seguro viste mal.

La adolescente regresa con tus caguamas y recuerdas que no traes cascos. Se lo dices y ella te responde que se los traigas ahí luego. Le sonríes, pagas y te vas. Ahí mismo, abres una caguama y te la tomas en la calle para celebrar. La cerveza, aunque mezclada con sangre de tus encías, te sabe a gloria.



Llega el siguiente sábado. Tus amigos, borrachos inútiles como tú pero con empleo, vuelven a tu casa. En la madrugada del domingo, pones de nuevo tus ruidos (ahora es el *Hard*, de Keiji Haino). Cuando lo quieren cambiar, vuelves a pendejearlos («Esta es una puta ópera contemporánea, pinches sordos») y estrellas tu cerveza en la pared. Mojas a dos tipos que esperan el baño y una chica se quita vidrios del cabello. Todos se van enojadísimos, jurándose nunca más hablarte. Pero ahora es diferente: te das el lujo de ignorar las sobras y vas directo por tus caguamas.

En el camino, te preguntas por qué no le presumes a alguno de ellos sobre esas Leones

en la madrugada. Te respondes que si ni un pinche disco de Captain Beefheart aguantan, entonces no merecen compartir tu secreto. Es un trayecto de casi una hora. Aprietas el paso, porque se te baja la peda con cada minuto que no estés tomando.

Llegas al OXXO. Justo antes de que toques la ventanilla, sale la adolescente, te sonríe. Alzas los tres cascos, ella asiente y regresa con tus caguamas. Le pagas y te pregunta cómo estás. Le respondes que bien, que ahora ya vas a poder seguir la peda. Ella te pide un trago de cerveza y te muestra un vaso de unicel. Dudas, le dices que está muy chica para beber. Te vuelve a sonreír. Abres una caguama con un encendedor Bic y le sirves. Ella se presenta (Arantxa, «Con X», dice); tú haces lo mismo (Sergio, «Con S»; diez puntos menos por el chiste de señor). Te explica que no te puede dejar pasar por políticas de la empresa. Tú entiendes. La ves un momento: sus ojos están amarillos y hundidos; tiene lodo seco en los tenis e, incluso desde el otro lado de la ventanilla, te llega su olor a ropa húmeda. Quieres preguntar por qué no lava sus zapatos o por qué tiene los ojos así, pero te das cuenta de que se podría enojar. Lo que importa es que

alguien te aguanta y te vende cervezas después de medianoche.



Arantxa te pregunta qué música te gusta. Piensas en mentirle («Zoé», que es lo que tu mente de cuarenta cree que le gusta a una mente de quince), pero dices la verdad: «Japanoise». Ella no entiende. Le dices que es música experimental japonesa. Se queda igual. Ella te cuenta que en todas las tardeadas a las que va solo ponen las últimas de Caló; que a ella le gusta la cumbia, pero le da pena bailarla. Hasta donde sabes, lo último que sacó Claudio Yarto con una banda fue a mitad de los noventa y las tardeadas dejaron de existir cuando saliste de la secundaria. Arantxa interrumpe tus ideas y te pregunta por tu trabajo. Le cuentas que llevas meses (años suena miserable) sin encontrar algo. Arantxa te ofrece que le dejes tu solicitud de empleo con fotografía reciente y que va a hablar con la dueña. Le agradeces y terminan su cerveza. Le preguntas si le gustó. Ella asiente, pero se nota que le cagó el sabor amargo. Sonríes, te despides y abres la segunda caguama en el camino. Rumbo a tu casa, checas la entrada de

Wikipedia de Caló. No sacan disco desde hace más de veinte años. Llegas a tu departamento y te duermes luego luego por la peda.



Cada domingo en la madrugada, corres a tus amigos (y todavía se enojan; ya deberían saber que siempre será así) y caminas una hora para ir por las León. Hasta crees que has bebido menos desde que conoces a Arantxa. Ella te hace sentir ingenuo, pero confiado, sin máscaras. Sus preguntas te hacen cuestionarte cosas que habías olvidado hace años (¿no te da hueva esa música de ruido que escuchas?, ¿por qué no buscas otra novia?, ¿por qué no trabajas de lo que sea?, ¿qué querías ser cuando tenías mi edad?). Tú le preguntas que si no tiene que ir a la escuela. Ella dice que la expulsaron y que le gusta trabajar en la noche. Se entretiene con el inventario y con los cortes de caja. Su turno empieza a las nueve de la noche y termina a las siete de la mañana. Como casi nadie va a esa hora, se pone a escuchar el radio o un casete de cumbia que compró en el mercado la semana pasada. Te lo enseña: es blanco, con letras doradas; tiene todavía su *booklet* original y está en perfectas condiciones; parece nuevo.

Te dice que te lo presta, nada más se lo cuidas bien. Te preguntas si siempre te ha tocado la casualidad de que esté despierta, porque justo antes de que des ligeros manotazos en el vidrio, ya Arantxa está dando vuelta por el pasillo.

Llegas a tu departamento y, como no tienes casetera, buscas en YouTube el álbum completo: *No mientas más*, de Grupo Cañaveral. Te duermes escuchándolo.



Arantxa te pregunta qué es eso de ingeniero de audio. Le explicas que es como un arquitecto, pero de sonidos. Con la computadora le subes a algo el volumen o lo haces que suene como si tuviera eco. Que todos los grupos necesitan a alguien que les ayude con la grabación. Mientras le sube el volumen al estéreo y retumba el bajo de «Tiene espinas el rosal», ella te dice que no cree, que los de Cañaveral ya tocan muy bien solos. Te ríes y por un momento piensas que puede ser verdad. Sacas tu Android y le muestras un *sampler*. Grabas la risa de Arantxa y le subes y bajas el *pitch*. Ella está encantada con el celular (le dice «tele chiquita») y piensa que su risa, cuando es grave, suena a la de un demonio y, cuando

es aguda, a la de una ardilla. Te pregunta si eres rico y que si compraste tu aparato en Japón, porque ella nunca ha visto uno, y eso que en las tardeadas a veces hay chavos de varo. Tú tomas de la León; ella te pide que le rellenes el vasito de unicel. Cuando te vas esa madrugada, notas que Arantxa se esfuerza por caminar derecha. Por un momento parece que está bailando cumbia mientras se mete por los pasillos.



Cada vez menos amigos van a tu casa. No vale la pena aguantarte por unas cervezas. Los tres o cuatro que te siguen visitando casi casi agarran una caguama llena y se van. No solo te están dejando sin alcohol, sino sin cascos. Sigues gastando en cerveza para ellos (¿o para ti?) y cada vez vienen menos. Ahora vas al OXXO en la madrugada no porque lo necesites, sino porque quieres.



Mientras suena «Entrega de amor», le pasas un cigarro a Arantxa a través de la ventanilla. Sabes que de todas maneras habría empezado

a fumar, pero es mejor que tú le enseñes a hacerlo con Delicados y no Camel o, dios no lo quiera, Boots Exactos. Ella tose muchísimo. Va hacia los refrigeradores y se toma una coca de lata. Tú te ríes mientras empinas la caguama. Si hubieras seguido el camino de tu padre y embarazado a tu (imaginaria) esposa a los veinticinco, tu hija sería de la edad de Arantxa. Y te hubiera gustado que fuera como ella: tranquila, pero que le entra al desmadre a veces, sincera. En ese momento, crees que hubieras sido un buen padre.



Al siguiente fin, en la madrugada del domingo, la vuelves a cagar con tus amigos (esta vez piensas que lo haces a propósito para que se vayan temprano). Alguien vio que en tu historial había un montón de cumbia, se burla de ti («No que muy excelso, mi Serch») y le sueltas uno directo a la quijada. Te caen al instante tres más y te clavan en el piso. Antes de las 10:30 estás solo. Dejas tocando «El paso del gigante» y le subes a todo al estéreo. Coges tres cascos de caguama y te encaminas pensando en si el vecino se va a enojar menos porque de perdida no es puro

ruido lo que suena. Dejas pasar todos los OXXO que ves, aunque sabes que cualquiera te vendería caguamas.

Llegas quince minutos antes de las doce. La puerta de cristal está abierta. Una señora de unos sesenta años atiende la caja. Le dejas los cascos. Vas al refrigerador, pero solo hay Indio y Tecate en caguama. Le preguntas si ya no hay León. Ella te dice que solo se venden Tecate o Indio; que no te puede aceptar los cascos. Le dices que te han vendido León ahí. Ella dice que ha trabajado en ese OXXO cinco años y nunca han vendido León. Con tres caguamas de Tecate en mano, preguntas por Arantxa, que si no vino a su turno hoy. La dependiente te dice que no conoce a ninguna Arantxa. Se la describes: quince años, pálida, con tenis sucios, que trabaja en la madrugada y que te vende León desde hace meses. Ella sube las cejas y te ignora mientras atiende al de atrás.

Sales del OXXO y te quedas viendo la banqueta. Los otros clientes tienen que abrirse mucho para no chocar contigo. De reajo, notas algo pegado a la pared. Crees que será una de esas cruces que la gente pone donde murió alguien. No tendría por qué tener nombre,

solo una fecha de finales de los noventa. Pero volteas y la cruz es una bolsa de burritos que alguien tiró afuera de la tienda. Abrazas tus cascos vacíos y te vas a tu casa.



Piensas que tal vez el alcohol ya te afectó el cerebro. Dejas de tomar algunos días. Ahora, te culpas todo el tiempo de tu vida, de la de Arantxa, de la del vecino. Te culpas de lo que salió mal en la vida de tus padres y en la de tus amigos. Tu humor empeora y empiezas a compensar con tabaco. A la semana, ya oyes un silbido en tu respiración.



Regresas algunas veces al OXXO a diferentes horas para ver si está Arantxa. Te quedas en la puerta y no te atreves a entrar; has de oler bastante mal (no te acuerdas cuándo fue la última vez que te bañaste), porque alcanzas a escuchar que las dependientes dicen «pinche vago». Pensaste que dejar de tomar te daría claridad; ahora todo parece más nebuloso. Es el mismo lugar, solo que tiene un aire extraño. Crees que se ve más sucio, como si no lo

hubieran limpiado en meses; parece que los estantes están casi vacíos. Pero todo ha de ser tu imaginación. Este es un OXXO más y ya.



Un día, llegas después de las doce. Traes un envase de caguama vacío. Es la primera cerveza que vas a comprar en tres semanas. Estás a punto de tocar y pedir una León, pero te arrepientes y regresas corriendo. ¿Qué te hubiera gustado más? ¿Que Arantxa saliera o que no? La segunda respuesta te deprime al instante. Se te olvida comprar la caguama.



Dejas de contestar los mensajes de tus amigos. Algunos (pocos) te insisten en verse. Gastas el dinero que te da tu mamá en comida decente (por primera vez en muchos meses comes más que sándwiches de jamón barato). No puedes dormir. Te levantas en la madrugada asustado. ¿Tienes miedo de Arantxa? ¿O de las caguamas que le compraste? ¿Eran reales? O tal vez ya te explotó la esquizofrenia. Lo cual es peor, porque no tienes dinero para el psiquiatra y tu mamá no te va a prestar. La verdad es que

no sabes si tienes miedo. Más bien te sientes miserable como hace mucho no te sentías; tan aburrido y triste como antes de conocer a Arantxa.



Ves ofertas de empleo por internet solo por hacer algo. Todos quieren becarios para no pagarles lo justo y correrlos en un mes. A ti no te van a querer contratar porque estás «sobrecalificado», aunque la verdad es que estás viejo para ellos. Tu mamá ya amenazó con que te va a quitar el dinero, te dijo que te estás haciendo comodino. Odias más tu vida y a los demás. Tus amigos se cansaron de intentar hablar contigo. El *Akuma no Uta* ya va por su tercera vuelta en el estéreo.



Un sábado en la tarde, mientras ves una serie que ni te gusta, te pones más triste de lo que recuerdas haber estado nunca. Te duele la cabeza. Te da paranoia, te tiemblan las manos, piensas en Arantxa y te saboreas unas León. Salivas. Piensas que podría ser síndrome de abstinencia, pero eso debió afectarte a los días

de dejar de tomar y no tres meses después. Te empieza a faltar el aire, te tiemblan las manos y tienes un vacío en el estómago. Sales de tu departamento. Empieza a oscurecer. Caminas una hora para llegar al OXXO de Arantxa. Ves desde lejos que la puerta todavía está abierta; entras y revisas las vitrinas: no hay León. Sales y esperas en la esquina. Falta bastante para la medianoche. Estás cansado.



Justo a las doce, los dependientes cierran la puerta. Estás a punto de irte cuando suena «Vienes y te vas» —con Los Askis, por supuesto—; la canción retumba desde unas bocinas invisibles que están en medio de la calle; todos los vecinos de la cuadra deberían estar despiertos, pero ninguna ventana se enciende. Y puede que sea porque no hay suficiente luz o porque no tienes suficiente alcohol en la sangre, pero Arantxa atraviesa la puerta sin abrirla; abraza tres caguamas de León y flota hacia ti con un Delicado encendido en el borde de los labios.

ADENTRARSE EN ALGO OSCURO

Cuando el cáncer de meninges lo amarró a la cama, mi papá llevaba meses con convulsiones y episodios de ftofobia. Mi mamá y mis hermanas se rindieron ante su enfermedad. Ellas me enviaban con caldo de pollo y agua de horchata al cuarto de triques que teníamos adaptado para él. Yo conectaba mi *laptop* a una vieja Zenith y veíamos los cierres de Haile Gebrselassie y el récord mundial de Eliud Kipchoge.

Mientras veíamos los videos, me contaba que, saliendo del kilómetro veinticinco, rebasó al equipo de Mamo Wolde en México 68, que había entrenado en Kenia unos meses y que una negra de Iten le había enseñado

a inclinar bien el talón. Mi mamá decía que qué pendejada, que la única vez que salió del país fueron esos seis meses del otro lado. A mí me gustaban las historias de mi papá; me distraían de su cáncer.

Él solo tuvo una pasión en su vida: correr. Desde antes de jubilarse, su vida era un péndulo entre las ocho horas de trabajo y las seis que entrenaba, tres en la mañana y tres en la noche. Mi mamá me contó que así regresó del gringo; que en ese entonces llevaban unos cinco años de casados y con mi hermana la mediana en camino.

—Llegó tocado —decía—. Nunca le gustó el ejercicio y ahora, pinche loco, se despertaba en la madrugada a correr.

Un día, mientras veíamos el colapso de Beata Naigambo acompañados de avena con leche, se quedó muy quieto.

—¿Sabías —empezó— que somos los campeones en carrera de resistencia? Estamos hechos para eso. Sí, nosotros, los humanos. Los tendones de acá y acá —se pegó con la palma en el tobillo y en la nuca— solo existen para correr y correr. Y andar en dos patas para asolearnos menos y tener tobillos delgados para no cansarnos de más. Además, hoy es 14

de agosto, ¿no? Y somos el mejor corredor de fondo del mundo.

—¿Estás bien, pa? —le toqué la frente.

No se sentía caliente. Puse un termómetro en su axila: 37.5 grados. Febrícula. Todo tranquilo. Siguió hablando mientras los videos pasaban en la televisión como ruido de fondo.

—El maratón es regresar. ¿Sabes? Porque correr es lo primero. Antes que la cabeza, antes que estos —levantó los pulgares—, antes fue pararse y correr. Nada de *sprints*, pura resistencia, pura paciencia. Un venado o una pantera, después de veinte minutos, o se paran o mueren. Es mucho el cansancio; desperdicio de potencia. Lo que nosotros hacíamos era rastrear animales y correr y correr hasta alcanzar un mamut o una cebra medio muerta. E íbamos juntos, con nuestro gallo al centro para que lanzara el último golpe. Desde siempre anduvimos en bola. Correr nos hizo humanos, ¿sabes?

El termómetro subió a 38.5. Le marqué a su doctor. Me dijo que era un poco alta la fiebre, pero normal para alguien enfermo. Le conté lo que estaba diciendo. Me contestó que tal vez solo quería platicar y que, si le subía la temperatura, se la bajáramos con un

ibuprofeno de 400. A menos que se fuera arriba de los 40 en la próxima hora, podía quedarse en la casa sin problema.

Terminamos nuestra avena. Era la hora de bañarlo. Llené la tina con agua tibia y cargué a mi papá hasta ella; no pesaba más de cincuenta kilos. Tembló un poco cuando lo metí. Siguió con lo mismo, como si hablara solo.

—Hoy se cumplen cuarenta años, si bien que me acuerdo. Porque hoy es 14 de agosto, ¿no? Cuando iba a nacer tu hermana, ya llevaba yo un año sin chamba; ni de garrotero me querían. Me fui para allá con visa de turista y aproveché que aprendí inglés de chiquillo. Crucé en camión; solo conocí el desierto y el Bravo desde una ventanita de autobús. Llegué a Chicago con un conocido de parientes. Trabajé meses en una fábrica de cárnicos. Conocí a otros mojados. Uno de ellos, Juan de Dios, venía de Durango, chavito, tenía diecisiete años, diez menos que yo, y estaba ahorrando para irse a Dallas a trabajar en la mueblería de un tío suyo.

»Juan de Dios era bien flaco y tenía la cabeza afeitada, como uno de esos *skinheads* o *punks*, o como se llamen. Me contó que hizo atletismo en su secu. Su sueño era ir a unos Panamericanos y romper la marca de las dos

horas en el maratón. Para él, el desierto nomás había sido días de práctica dura.

»Mientras desangrábamos reses, me dijo que estar rapado era una ventaja para correr: entre menos cabello, se regula mejor la temperatura, mayor superficie de contacto del sudor; detalles científicos que hacen la diferencia. Una vez, se rasuró hasta las cejas para ganar unos segundos. También me contó cómo se corre un maratón como Dios manda, que uno tiene que chambearle con los de su equipo, proteger al mejor para que no lo retrase el aire, como si fueran gansos. Los primeros veinte kilómetros son una carrera de equipo; los últimos cinco, una cosa bien personal.

»A la semana, Juan de Dios consiguió un cuarto por veinte dólares al mes. Me invitó a vivir con él. Todos los días, se levantaba a las cuatro y regresaba a las siete, preparaba cualquier piscachita para el desayuno y se metía a bañar. Me contaba que correr era como adentrarse en algo oscuro, que uno no piensa nada cuando corre o que repite y repite palabras. Mantras, les decía. La de él era «artritis», pero la decía bien raro: art-rrí-tis, art-rrí-tis, art-rrí-tis. La palabra le servía para domar su *pace*.

»Estábamos hasta la madre de la fábrica de cárnicos, de andar apestando a grasa y a pus. No habíamos ido hasta el otro lado para ganar migajas; queríamos hacerla en grande. Juan de Dios me dijo que, si quería, podía irme con él a Dallas, que allá sí había mejor chamba. Ni lo pensé: la fábrica era asquerosa. Me dijo que llegaríamos corriendo. Hice cara de idiota, yo creo. Me puso el brazo en los hombros, serio y, con su voz de chamaquito que apenas le están bajando los huevos, me dijo que nos iríamos a final de mes. Conseguimos los boletos baratísimos porque la corrida llegaba a una terminal en Arlington, a cuarenta y dos kilómetros de Dallas: «Casi un maratón —me dijo—. Ahí sí, nos la echamos corriendo».

»Las quince horas de camión las pasamos entre dormidos y platicando sobre los planes en Dallas. Juan de Dios me dijo que su tío tenía un tapanco en la mueblería, que, si quería, podíamos dormir ahí hasta que nos estableciéramos.

»Llegamos a Arlington en la mañana; fuimos los últimos en bajar del autobús. Le preguntamos al conductor, un indio con bigote, por la carretera a Dallas. El conductor nos dijo, en inglés, que siguiéramos dos kilómetros por una

avenida; ahí veríamos los letreros. «Era broma lo de correr —sonrió Juan de Dios—. Vámonos de aventón».

»Durante una hora ningún auto nos peló, hasta que un lanchón Fairmont o Farmont, uno de esos, pues, se detuvo; venía tan lento que casi ni frenó. Abrió la puerta un hombre ya acabadón, como de setenta, con barba bien roja y ojos azules. Era pálido, pálido y chimuelo. En español, nos preguntó si íbamos a Dallas. En inglés, le dijimos que *obviously*. Se echó una risita y nos invitó a subir; nos advirtió que el coche tenía un problema en el carburador y que tardaríamos un montón en llegar porque no podía acelerar arriba de las quince millas; para mí, mucho mejor que caminar ocho horas.

»Cada bache de la carretera nos hacía saltar y en la cajuela se oían ruidos, así pues, raros; como que me recordó al sonido de la carne en la fábrica: como muy densos; como de cosas sueltas. Me dije, pos qué trae ahí que no lo amarró o cómo. Seguimos platicando del clima y esas mensadas. Lo felicitamos por su español; lo hablaba bien, nomás con esas cositas de gringos, ya sabes, el *pour favorrrr* y el *amigou*. Nos contó que su ex era guatemalteca, que por eso se las sabía en el español, y, también, que

era el segundo idioma oficial de Texas. Ahí sí que nos reímos un rato.

»El viejo («Donovan McCallister», *a pleasure*’, así se presentó) vivía en Arlington desde que nació. Iba a Dallas a visitar a unos parientes. Nos preguntó qué bisnes teníamos por allá. Juan de Dios le contó lo de la mueblería. El viejo conocía el lugar y nos prometió que nos dejaría en la mera puerta. También nos recomendó unos restaurantes de carnitas y chilli frijoles. Sepa, tú, pero lugares baratos para comer. Nos dijo dónde estaba la parte de las cantinas y que su rancho en Arlington era nuestro rancho para lo que se nos ofreciera.

»A la hora, pasamos por un *dinner*, Rosita’s Grill; todavía me acuerdo del nombre, lo tengo aquí bien grabado en la cabeza. Donovan nos invitó el desayuno. Teníamos más de veinticuatro horas sin nada en la panza. El viejo estacionó el Fairmont y entramos. Juan de Dios y yo pedimos *scrambled eggs and bacon* y Donovan un *steak with fries*. A mitad del primer americano, Donovan se acordó que dejó la cartera en el coche. Me ofrecí a ir por ella. Me dijo que estaba en la guantera.

»Me dio las llaves, entré al auto y tomé el dinero. Antes de irme, me acordé de los ruidos

esos. Me acordé del sonido pastoso de la carne en la fábrica y de lo lento que íbamos. Me dije: pos le acomodo las cosas; un favor al menos que le haga para que no ande suene y suene con los baches.

»Ahí afuerita del *dinner* vi un lazo y lo agarré para hacerle el favor amarrar las cosas que sonaban; el lazo estaba ahí tirado, ni era de nadie ni nada. Apreté uno de esos botoncitos que hay en las guanteras. Me bajé y me paré en la parte de atrás del auto. Levanté la cajuela. Moví unas mantas y encontré unos bultos envueltos en plástico transparente. Si lo del nombre del *dinner* lo traigo aquí en la cabeza, eso lo traigo pero si bien tatuado: eran unas manos —las dos izquierdas, porque pues me quedé viendo un rato— y un tórax o como se llame. Estaban envueltos como la carne de cerdo o res que empaquetábamos, al vacío, y cortados con máquina y desangrados. Te digo que parecían salidos de una fábrica y, así como estaban, quedarían en cualquier refrigerador de súper. Cerré la cajuela bien lento para no hacer ruido. Metí los dólares de Donovan en mi bolsillo y aventé su cartera. Y empecé a caminar por la carretera y luego, a correr, como sin prisa, seguro y constante, como lo hacía

Juan de Dios todas las mañanas. Nunca voltee hacia atrás. Nunca me detuve. Nunca lo he hecho».

Lo saqué del baño y lo acosté. Le puse de nuevo el termómetro y empezó a pitar: tenía 41. Le grité a mi mamá que teníamos que ir al hospital. Lo sequé y le puse una chamarra mientras ella encendía el coche. Yo iba con mi papá en el asiento de atrás, abrazándolo.

Entró en coma cuando llegamos al hospital. Los médicos no pudieron despertarlo y murió a los tres días de deshidratación; el tumor en su cabeza era tan grande como una pelota de tenis.

Durante el funeral, me senté solo en una orilla del velatorio y me acordé de mi papá en sus últimos momentos despierto: mientras íbamos hacia el hospital, tenía la mirada fija al frente, concentrada; la misma que al correr. Me quedé con las ganas de preguntarle si, como Juan de Dios, se adentró en algo oscuro aquel día mientras corría por las carreteras de Texas.

UN TERRITORIO LEJANÍSIMO

La suerte es que la sala de su mamá tiene vigas en el techo. Entonces, la cuerda sube, él también (pero a un banco), pasa el nudo por su nuca y lo aprieta desde atrás. Jorge tararea una canción que acaba de inventar. Alza el pie, tiembla. Un pequeño salto y ya. Se acaba el divorcio, el desprecio de sus hijas y de su ex y el litigio por la liquidación. Se acaba tener que vivir otra vez con su mamá en la casa de la colonia Unión. Solo un salto. Nunca hubiera imaginado que antes de suicidarse se sintiera tanta tranquilidad.

Alguien toca el timbre.

Son las ocho de la mañana de un viernes. Su mamá todavía no despierta. De nuevo, el timbre. Tiene que abrir; si no, su mamá va a

ver la cuerda y el banco. Y agarrar valor para esta vez le tomó meses. Va hacia la puerta. Al fin y al cabo, retrasar el suicidio unos minutos no es problema.

Abre y ante él está un hombre que apenas reconoce, como si fuera una copia no muy fiel de alguien que viera todos los días. Jorge entrecierra los ojos.

—¿Aurelia? ¡No mames! —dice, con una sonrisa.

—Pichi, Jorgito, acuérdate —le responde.

Se abrazan. Son tal vez veinte años que no se ven. La preparatoria es un territorio lejanísimo.

—Perdón —dice Jorge, emocionado, fuera de balance—. Es que ha pasado un chingo de tiempo. ¿Cómo supiste que acá andaba?

—No sabía. Toqué para ver si estaba tu mamá. Creí que igual y todavía vivía aquí. Y pos sorpresa. ¿Cómo estás?

Jorge piensa que no estaría mal decirle la verdad: que terrible. Que una cuerda y una viga lo esperan. Decide mentir.

—Bien. Tranquilo. Normal, pues. De suerte me encontraste. Ahora vivo en el sur. Pásate y nos tomamos un café. ¿Ya desayunaste?

Lo dice e inmediatamente piensa en la escena de la sala. ¿Cómo explicarle? Por suerte, Pichi lo salva.

—Aguanta. Ven.

Pichi lo toma del brazo y lo lleva a media cuadra de la casa. Ahí está una Gremlin del 81, recién pintada, con los tapones originales y una bonita placa que dice «auto clásico». Es igualita a la que Pichi le robó a su mamá para irse de pinta a la Marquesa aquella vez en la prepa. Es el mismo modelo, el mismo color, los mismos vidrios polarizados. Pero eso no es tan sorprendente como que afuera de ella estén el Figuras, el Flash, Martín Rica, Eleonora y Maritza. Todos más calvos, más arrugados, con los senos más colgados y vestidos como los señores que son. En serio que la prepa es un territorio lejanísimo.

Martín Rica lo toma por la nuca y le besa la frente, Maritza se le cuelga del brazo, el Flash tiene los ojos a punto del llanto y el Figuras y Eleonora lo toman por el hombro.

—¡Qué pedo! ¿Y ustedes qué? —dice Jorge mientras saluda a todos una y otra vez.

—Veinte años, pinche Jorgito, y todavía con cara de pendejo —dice Rica—. Pos si venimos a verte.

Pichi avanza hacia ellos. Eleonora lo alcanza, pasa su brazo por su cintura y recarga su cabeza en la suya. Él habla.

—Jorge, ¿qué haces hoy?

«Matarme», piensa.

—Nada. ¿Qué? ¿Hay plan? —contesta.

—Nos vamos de pinta —dice Eleonora.

Todos chiflan.

—Uta, avisen. Así cómo —dice Jorge.

No puede con la sonrisa que tiene en la cara.

—Está medio apurado, pero pues... es como una emergencia —dice el Figuras.

Todos se callan. Jorge no entiende.

—Me detectaron cáncer de páncreas a principio de año —continúa Pichi—. Ya hizo metástasis y ahora está por los pulmones, el cerebro. Me dijeron que si vivo tres meses es mucho.

—No mames, lo siento un chingo —dice Jorge y se acerca a Pichi, quien ya tiene los ojos llorosos. Él sigue hablando.

—Pero ya, sin dramas —se limpia las lágrimas y sonríe—. El pedo está así. Me siento más solo que nunca y no quiero pasar estos tres meses tan jodido. Así que conseguí una Gremlin y me vine por ustedes. Y sí, está medio cursi, pero me gustaría que nos fuéramos de

«pinta» otra vez. Por los buenos tiempos. De suerte los contacté a todos durante el mes, se apuntaron y me los traje. Tú, Jorge, eras al único que no habíamos localizado, pero, mira, acá andamos juntos. Por fin. ¿Te apuntas?

Todos lo miran. Sería imposible decir que no.

—Va —contesta—. Solo déjenme le aviso a mi mamá que voy a salir para que no se preocupe. Mi esposa y las niñas andan en Querétaro.

Eso último no es mentira. Lo que no les dijo es que se fueron allá para no tener que verlo.

Jorge entra a la casa y no despierta a su mamá. Desanuda rápidamente la cuerda, la guarda en la zotehuela, pone el banco en su lugar y deja una nota: «Salí con unos amigos. Regreso en la tarde». Toma su celular de la mesa de centro y ve que no tiene pila. Termina de escribir la nota: «Dejo mi cel». Jorge se pone una sudadera y sale.

El acuerdo es que no le pregunten por el cáncer. Ya después, en la semana, los invitará a su departamento y les platicará lo que quieran saber. En este momento, lo importante es el viaje. Desde el asiento del copiloto, Rica reparte vasos llenos de Presidente y cocacola («Lo mismo que aquella vez, pandilla»). Eleonora

se encarga de repartir cigarros («Delicados para todos, pero Marlboro para el Flash, por pipirisnais») y, como aquella vez, Pichi de la música: un casete de Size.

Mientras Jorge fuma por primera vez en quién sabe cuánto, piensa en este momento. Parece que todos van en el mismo lugar que hace veinte años: Pichi al volante, Rica de copiloto, y Eleonora y él sobre las piernas de Maritza, el Flash y el Figuras. Toman la salida a Toluca y, a eso de las nueve, ya están en la carretera rumbo a la Marquesa.

En aquella tarde, unos cuantos días antes de que salieran de la prepa, hicieron ese mismo viaje y bajaron en el mismo lugar: Cuatrimotos Tena. El día de hoy, la pista está igual que en sus recuerdos, con el pasto amarillo y llena de lodo. Todos desayunan tacos de chorizo verde y cecina, como en la primera escapada. Excepto Rica, que comió dos tlacoyos de haba (hoy pide cuatro) porque ya desde entonces se le había metido a la cabeza la idea de ser vegetariano.

Durante la universidad (de algunos, porque ni Maritza ni Pichi ni el Figuras fueron), se vieron algunas veces. Los nuevos amigos los alejaron poco a poco, hasta que simplemente

dejaron de frecuentarse. Después, los hijos, los trabajos y las deudas.

Ya en la pista, todos rentan su cuatrimoto y empiezan a dar vueltas. Se salpican de lodo y se manchan los zapatos de pasto. Jorge comió de más y prefiere esperar unos quince minutos porque su colitis no es cosa de juego.

A lado de Cuatrimotos Tena, había una pequeña laguna. «Hoy debe estar seca o bastante contaminada», piensa Jorge. Cuando su intestino lo deja levantarse, va a buscar la laguna por pura nostalgia. Solo tiene que bordear un par de cabañas vacías y ahí está: idéntica, con patos, un pequeño muelle y dos canoas. Una mujer le dice que se puede meter a nadar y que vende trajes de baño baratos (justo como aquella vez, como aquella otra señora que también vendía trajes de baño). Jorge se alegra de que hayan conservado tan bien este lugar, limpio, detenido (parece) en el tiempo.

Regresa con sus amigos y espera a que terminen sus vueltas en cuatrimoto. Les cuenta de la señora de los trajes de baño y de que la laguna sigue ahí. Todos se emocionan por la coincidencia, sobre todo Pichi. Pueden, entonces, meterse a nadar como lo hicieron aquella vez.

Mucho antes de aquel viernes antes de salir de la prepa, ya sabían que Aurelia era gay. Eso fue lo que de alguna manera los hizo amigos. A Maritza la molestaban porque su mamá limpiaba casas; el Flash era demasiado flaco y le faltaban muchos dientes; Jorge era tartamudo; el Figuras tenía vitiligo en la cara; Eleonora abortó a los trece en el baño de la escuela; Martín Rica era obeso.

Aurelia era «la machorra» de la prepa. Un día del segundo año, se hartó de que en educación física los de sexto le dijeran que con una buena cogida la arreglaban. A puro gancho izquierdo, le rompió la nariz a medio equipo de basquetbol. Se le fueron encima dos postes. Le rompieron también la nariz. Después de que la dejaran de patear, Jorge se acercó con un poco de papel de baño. Como ya era hora de la salida, Aurelia le pidió que la acompañara a una clínica. Ahí en la puerta estaban Maritza y Eleonora fumando. El Flash esperaba el camión media cuadra más adelante; y Rica y el Figuras tenían que ir también a la clínica ese día. Todos se conocían de oídas, todos eran los desclasados de la prepa.

Como si la nariz rota de Aurelia hubiera roto el hielo, empezaron a hablarse de uno a uno y,

para cuando se dieron cuenta, ya eran una bola rumbo a la clínica. A Jorge le daba pena hablar por el tartamudeo, pero reía de buena gana.

Para Aurelia, irse de pinta aquel viernes antes de salir de la prepa era fundamental, algo que había planeado durante meses. Como ahora, comieron, nadaron y, ya bien entrada la tarde, en una fogata que improvisaron con basura, les confesó que esta no solo era su despedida de la prepa, sino de sí misma; o una bienvenida, más bien. Nadie entendió. Aurelia les dijo que la esperaran tantito y fue al coche. Veinte minutos después, bajó con pantalones anchos, botas militares y una camisa de franela. Su cabello, antes a medio hombro, ahora estaba a rape.

Maritza entendió al instante. Lloraron mientras se abrazaban. Poco a poco, se levantaron todos y se unieron a ellas. Ahí fue cuando les dijo que, en realidad, nunca había sido ella, que Aurelia era un como disfraz. Había decidido su verdadero nombre hace tiempo: Ricardo, y de cariño, el Pichi.

El Flash preguntó tímidamente si se iba a «Si te vas a... ya sabes, operar». Pichi se rio y le dijo que ni que tuviera mucho dinero; que luego lo pensaría; y le hizo un cerillazo

amoroso. Eleonora propuso que hicieran una cooperacha para lo que quisiera Pichi. Entre todos juntaron ciento veinte mil viejos pesos esa tarde. Rica gritó: «¡Unos fondos por el nuevo cabrón del grupo!»

Jorge sonríe al acordarse de todo eso y, como aquella vez, sube a una pequeña loma a lado de la laguna. Desde ahí los ve nadar: Rica ya no es tan gordo, el Flash se puso unos implantes dentales, Pichi les contó que estaba en terapia hormonal y que por eso «Se me cayó el pinche pelo. Pinche testosterona», Maritza hizo una carrera técnica en secretaria bilingüe, Eleonora adoptó dos niñas, el Figuras parece albino por el vitiligo y Jorge no tartamudea desde los veinte.

También, como aquella vez, Pichi sale de nadar y sube la loma para hablar con él.

—¿Cómo estás? —le pregunta.

—Bien feliz de volver a verlos —dice Jorge.

—Igual yo. Tenía un chingo de rato. Oye, ¿cómo te sientes? ¿Andas tranquilo?

—Digo, no todo ha estado perfecto, pero en general bien.

—Es que quiero que estés tranquilo.

Jorge se extraña de que Pichi insista.

—Que sí. ¿Por?

—Es que. . . A ver, Jorge, ¿qué tal el día? ¿No se te ha hecho raro?

—No. Bueno, sí. Como que todo está pasando muy parecido. Pero es normal. El chiste de venir otra vez para acá es que todo fuera muy parecido, ¿no?

—Pues sí. ¿Pero no se te hace raro que estas pinches cuatrimotos lleven abiertas desde hace veinte años o más? ¿Que se llamen igual? ¿Que el lago siga aquí? ¿Que hayamos comido lo mismo? ¿Que haya encontrado a toda la bola? ¿No crees que es mucha coincidencia que justo llegue yo unos segundos antes de que. . . ? Pues de que hicieras eso.

Jorge se pone tan nervioso como cuando tenía dieciséis. Se levanta. Décadas de terapia y el tartamudeo regresa.

—Qu-qu-qué pedo. A qu-qu-é te ref. . .

—Escúchame tantito —le habla tranquilo y lo toma por los hombros. Siente que Jorge tiembla—. Todavía estás en la sala de tu mamá. Acabas de saltar del banco y te estás quedando sin aire. Tu cuerpo actúa por instinto y estás intentando quitarte la cuerda, pero el nudo ya apretó bastante. Te estás rasguñando el cuello. Tu lengua está tapando tu tráquea. Te estás muriendo, Jorge.

En ese momento, Jorge vuelve a ver los muebles viejos de su mamá, la vitrina con figuras imitación Lladró, las fotografías de la boda de su hermana y la alfombra color salmón. Todo está como lo dejó, como lo conoce, solo que lo ve desde un ángulo distinto, unos cincuenta centímetros más arriba de lo normal. Intenta mirar hacia otro lado, pero su cuello está trabado. Apenas si puede ver hacia abajo; sus pies cuelgan, sin moverse, en el aire. Le duele la cabeza; como si tuviera migraña, su vista se nubla. Siente que sus brazos se acalambran. Boquea por un poco de aire. Trata de desanudar la cuerda, pero es una cadena que lo une para siempre con la viga.

Jorge deja de sentir cualquier cosa. Solo ve negro durante unos segundos. Regresa al lago. Puede respirar otra vez. Cae de rodillas y empieza a sudar. Pichi lo abraza y le habla al oído.

—Sé que da mucho miedo. Pero no te está tocando tan culero. A Maritza le cortaron el cuello con una Gillete y a Rica lo mató un metrobús. Eleonora agonizó durante días.

La respiración de Jorge regresa a la normalidad y levanta la cara.

—¿T-t-tú?

—Con lo del cáncer, estuve como dos semanas en terapia intensiva. Un día, me dieron de alta. Salí del hospital y ahí estaba la Gremlin enfrentito del hospital. En la bolsa traía las llaves, me subí y traté de regresar a mi casa, pero llegué acá, al lago. Estuve un rato solo. Luego volvió a aparecer la Gremlin y, como en piloto automático, manejé a la casa del Flash, meses después a la del Rica, y así por todos. Tú eres el último.

Las sienes de Jorge palpitan. Se le entumecen los dedos de las manos. Le dan náuseas, pero deja de temblar. Pichi se da cuenta y deja de abrazarlo.

—Creo que ya se te está pasando. Ya casi sales. Vente para el lago, ¿cómo ves? Ahorita que toques el agua vas a ver que vas a estar bien tranquilo.

Y camina loma abajo. Jorge ve cómo, con cada paso, Pichi se va volviendo más joven, el pelo castaño a rape vuelve a ser largo, y se le quitan las bolsas en los ojos. Se hace unos centímetros más bajo y se le borran las dos cicatrices enormes del pecho. Jorge se levanta tras él. Los demás les chiflan y les dicen que se apuren porque hacen falta para el waterpolo. Jorge se siente más ligero; el cuello ya no

le arde. Comienzan a correr para echarse un clavado.

Al mismo tiempo que, en la sala de su mamá, su cerebro se apaga para siempre, el agua se le mete por la nariz y, sumergido, Jorge abre los ojos.

LAS LIEBRES Y EL HIELO

Después de que eché la primera palada de tierra sobre el ataúd de mi papá, supe que en Hipólito ya no tenía nada. Al cruzar en la línea de autobús más barata que encontré; al enseñarle al fronterizo la Visa; al ver el desierto pasar por la ventana; al mismo tiempo arrugaba un pedazo de sobre manila en la mano. En él, con sus últimas fuerzas, mi papá escribió un nombre: Concha —la hermana de mi mamá—, y un teléfono de San Esteban. Tres semanas antes, fue mi cumpleaños. Cumplí veinte.



En la esquina de la 22 y la 14, le marqué a mi tía desde un teléfono de monedas. Con el

tono más neutral que me salió, le dije de mi papá, que se había muerto, y que necesitaba un trabajo y dónde vivir. La oí suspirar. Me dio su dirección y me dijo que pasaba por mí en donde estuviera, con un tono como si supiera que el destino de las mujeres de nuestra familia era abandonar Hipólito. Dije que no, que gracias; llevaba en la bolsa el dinero que me dejó mi papá. Además, quería despejarme un poco caminando y comprar unos cigarros. Nunca había fumado y este me parecía un buen momento para empezar.

Cuando Concha abrió la puerta, reconocí el mismo labio leporino que tenía mi mamá y me acordé de la única foto que nos tomamos como familia: mi papá me carga mientras mi mamá mira hacia la cámara. El labio de arriba deja ver un poco el incisivo; su boca siempre me recordaba el hocico de una libre. Y es que eso significa leporino, «conejo». Yo tengo una cicatriz parecida, solo que más pequeña y del lado izquierdo. Pensé en mí, en mi tía y en mi mamá como si fuéramos un montón de liebres blancas.



Concha vivía en un depa de una recámara y una sala, que era también comedor, cocina y zotehuela. Arriba de la televisión había platos; al lado de la estufa, una plancha; unos bancos eran el tendedero. Su baño olía a jabón Roma y a Pinol. Eso me hizo sentirme como en mi casa.

Mientras cenábamos espagueti con salchichas, me contó que no sabía de mi mamá desde hace años. Como yo, ella llegó a su casa, trabajaron juntas en un restaurante de gyros y después se marchó en la madrugada y ni se despidió. Le conté cómo se murió mi papá y que el casero no me quiso seguir rentando; que aunque consiguiera trabajo, no era de fiar.

—Por la facha —le dije, mientras me tocaba los *piercings* en mis labios pintados de negro. Ella me barrió un poco. Me iba a enojar, pero tenía las de perder—. ¿Puedo? —pregunté mientras sacaba un cigarro. Concha hizo un gesto que no entendí muy bien, como de enojo, pero también de resignación.

—Pero fúmatelo en la ventana, que se me apesta la ropa—contestó—. Quédate lo que necesites. El lunes te buscamos chamba.

Me hizo una cama en el sofá. Le di todo el dinero que todavía tenía. Esa noche me sentí

rara: lo único mío en ese momento era la ropa que llevaba puesta.

Concha trabajaba en una compañía de limpieza. Conocí a su jefe a los dos días de llegar. Desde que entré, supo que no tenía papeles; las Dr. Martens de fayuca y el cabello verde tampoco le gustaron. Como favor a Concha, me contrató, pero si la migra lo presionaba, no iba a meter las manos por mí. El sueldo era casi el doble de lo que le pagaban a mi papá después de treinta años en un despacho jurídico.



Nos pusieron a limpiar un lugar a unas veinte cuadras del departamento. Era una bodega llena de congeladores en las paredes; estaban puestos hasta el techo y tenían cada uno un número. En otra sección de la bodega, había un brazo mecánico enorme y un horno industrial, con una ventana para ver hacia dentro; a lado, una plancha de metal. Atrás de una pared de tablarroca, había un taller y una oficina. La bodega solo abría de diez de la noche a cinco de la mañana. Trabajábamos ahí un supervisor, güerísimo y siempre con un traje sastre café

que le quedaba grande; un turco que mantenía la máquina; Concha y yo.

No platicábamos mucho. Después de contarle del cáncer de mi papá y de que reprobé dos veces el examen para entrar a la universidad; después de que me habló sobre los meses que vivió con mi mamá y sobre su juventud, el silencio nos pareció más cómodo. A veces volvíamos a casa juntas, aunque yo prefería caminar sola. Le inventaba cualquier cosa para quedarme más tiempo en el trabajo. Concha entendía. O le daba igual.

Concha vivía en una zona industrial, llena de calles amplias y sin gente desde las seis de la tarde. Me gustaba caminar por ahí y escuchar el eco que hacía la cadena en mi cinturón. El sonido se me hacía como un ritmo de batería; me dejaba pensar: ¿iba a buscar a mi mamá o seguiría trabajando hasta que la migra me cachara? Las dos cosas eran una pérdida de tiempo.



No sé mucho de mi mamá. Me acuerdo de unas vacaciones en la playa. De seguro fue en Acapulco. La foto que tengo es de ese viaje. Mi mamá decía que el agua de mar le

podía infectar la cicatriz del labio. Mi papá le contestaba que sería más fácil que un tiburón le arrancara un cacho de pierna. Ella ni se movía y se quedaba en la arena, viendo cómo nos revolcaban las olas. Encontramos un cangrejo transparente; era del tamaño del dedo gordo de mi mano. Se movía de lado mientras lo perseguíamos y nos reíamos de que alzaba sus pinzas y sacaba los ojos. Como que quería fingir que era más grande que nosotros. De alguna manera, mi mamá hacía lo mismo: nos retaba con solo quedarse en la playa, sin mojarse los pies.



Concha y yo llegábamos antes que el turco y el supervisor. Primero limpiábamos las oficinas: regar las plantas, sacudir los estantes y fregar los baños; luego, el cuarto de la máquina: allí, barrer y trapear. El supervisor nos prohibió siquiera pasarle un trapo a los controles. Lo único que podíamos hacer era subir un fusible y abrir la llave de gas del horno. Así, cuando el supervisor y el turco llegaban, ya estaba todo listo para trabajar. El cuarto de la máquina olía a aceite y a metal.

El turco tenía veinticinco y había estudiado ingeniería. Que no sé si era turco ya, porque sus abuelos habían nacido en San Esteban. Se llamaba Sila y me contó que en Turquía ese era nombre de mujer, pero que no le importaba. Según él, sonaba a algo como una ciudad antigua, de esas que ya eran ruinas cuando las descubrieron hace mil años.

Un día, acababa de salir de la bodega y Sila me alcanzó. Yo venía fumando. Me pidió encendedor y vio mis botas, ya desgastadas y sin bolar. Se burló de ellas, me preguntó si era gótica. Le eché una mirada bien culera en silencio. Nos acabamos el cigarro sin hablarnos. Empezamos a caminar juntos. Unas cuerdas más adelante, se despidió sin voltear y se fue por una esquina. Al otro día, me regaló un *walkman* y tres casetes. Me los dio, dijo, para disculparse por lo de ayer y para que no me aburriera en el trabajo.



A mi papá le encantaba bailar. En mi casa, la misma donde murió y la que rentó durante toda su vida, siempre había música de fondo. Un día, mi papá y yo practicábamos algunos pasos en la sala; me decía que era para que

en las fiestas no me la pasara sentada. Ponía mis pies sobre sus mocasines y él levantaba las piernas; me sentía como en un juego de feria. Entre vueltas y quiebres, veía a mi mamá en la cocina, con la mirada perdida y un cigarro a medio acabar en el cenicero. De tan quieta y con la cicatriz de su labio, parecía que nada más esperaba una desgracia.



Empecé a fumar dentro del depa. Una vez, Concha me pidió un cigarro y me contó que mi mamá abortó dos veces antes de que yo naciera. El primero fue natural; el segundo la dejó en cama por una infección en el útero. Se salvó de milagro y creyó que se había quedado estéril. Cuando supo que estaba embarazada de mí, mi papá lo vio como un regalo del cielo. Concha me contó que mi mamá no dejó de fumar religiosamente su media cajetilla diaria.



Sila me llevaba un nuevo casete cada semana. Casi siempre eran de industrial: ritmos que parecían hechos por pistones y ladrillos al caer de un camión de redilas. Me hacían sentirme en sintonía con el brazo mecánico y el horno.

Una vez, Sila me prestó un casete negro con detalles dorados.

—Este es el *soundtrack* de una peli japonesa —me dijo—, *Tetsuo, el hombre de acero*. Es de un vagabundo que le gusta meterse tubos en el muslo. A la mitad de la película, lo atropella un camión y el metal lo contamina por completo, lo convierte en una máquina. ¿*Capisci*? —quería decirle que un turco con frases italianas era lo más ridículo que había escuchado; aunque también lo más tierno—. La vi hace como diez años. La verdad ni le entendí, pero la música está genial.

De las pocas cosas que disfrutaba de mi jornada era entrar al cuarto del brazo y poner la primera canción de ese casete de Chu Ishikawa. Me gustaba hacer coincidir los acentos de la música con los sonidos del horno. Era como si las máquinas se hablaran mientras barría, como si existiera entre nosotros un lenguaje secreto de chirridos y chispas.



A Concha le caía bien Sila. Decía que era buen tipo, pero que no me encariñara: que cualquier día de estos nos iban a cambiar de sede. Para

ella, el industrial no era otra cosa que ruido y lo que necesitaba en esta vida, la nuestra, la que compartíamos en ese departamento de un sillón y en esa bodega de dos espacios, era silencio.



Mi mamá era una máquina y mi papá, su operario. Ella cumplía y, después del trabajo, sacaba humo y rechinaba, quejándose de otro día más. Mi papá la aceitaba, le hablaba con cariño y la mantenía para que sus refacciones estuvieran siempre bien conservadas, pero ella no respondía, no podía: simplemente funcionaba y se apagaba en la mesa de la cocina, con su cigarro a medio acabar.

Me acuerdo de uno de sus cumpleaños: sentada como siempre en la cocina, las luces apagadas y yo y mi papá le cantábamos «Las mañanitas». Cuando apagó la vela, aplaudimos. Ni una vez sonrió y solo me acarició la cabeza. Se fue a dormir, y mi papá y yo nos acabamos el pastel. Me dio diarrea; falté a la escuela y mi papá, al trabajo; vomité todo el día. Mi mamá salió a trabajar y en la noche solo pasó a mi cuarto a preguntarme cómo me

sentía, aunque no esperó a que le contestara y se fue a dormir.



Sila me llevó al cuarto de la máquina.

—¿Sabes para qué sirve el horno, *capo*?

Encogí los hombros.

—Adivina.

Lo vi con cara de odio. Así no iba a acabar de limpiar a tiempo.

—Uy, perdón —contestó mientras se reía. Después, se puso serio—. Hay como dos mil *mortos* no reclamados por año. Gente que quién sabe quién es. El gobierno los conserva por dieciocho meses. En algún lado los tienen que guardar. Esos congeladores tienen cadáveres en hielo. Cada uno de esos bloques tiene una fecha; ahí es cuando el gobierno ya no tiene obligación legal de guardarlo. Revisamos a diario esta libreta —alzó un cuaderno de pastas verdes, de esos que usan los contadores—. Cuando un número llega a su, cómo decirlo, «caducidad», activamos la máquina; buscamos el bloque. El brazo lo agarra, lo mete al horno y se incinera. ¿Quieres ver uno?

Sila apretó unos botones en un teclado y el brazo puso un bloque sobre la plancha. Nos acercamos y quitó la escarcha con un trapo. Ahí dentro estaba un anciano, negro, con la barba llena de canas. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta, casi como si sonriera. Podía verle hasta las verrugas de la piel.

—¿Por qué está tan claro el hielo?

—Ah, los congelan con agua destilada. Así logran que esté transparente, sin minerales ni nada, sin gases atrapados. Imagínate: alguien quiere buscar a su pariente acá y, para ver si sí es, tendrían que descongelar cadáveres a cada rato. Es lo mismo si la policía viene a revisar los cuerpos. Lo más práctico es congelarlos así; solo le quitas la condensación con una tela y tienes el *cadavere* enfrente como si estuviera fresco. Bueno, se ven un poco raros por la refracción, no porque estén muertos.

Sila se rio. Yo solo pensé que estaba medio pendejo y miré el cuerpo. Parecía que el anciano flotaba unos centímetros sobre la plancha, como si estuviera atrapado en vidrio pulido. Sila tosió un poco.

—No te conviene que les veas mucho la cara —dijo—. Bueno, a mí me funciona fingir que todos son iguales. Es más fácil pensar que solo

hay un *morto* y lo metes un montón de veces al horno.

Sila prendió la máquina otra vez y puso el casete de Chu Ishikawa en su radio portátil. Vimos trabajar el brazo durante todo el día: sacó una adolescente pelirroja; un hombre obeso, negro también; una anciana calva; y un niño con joroba y una pierna más corta. Cuando los bloques tocaban el horno, se oían como gotas de agua al caer en un sartén caliente.



Me acuerdo de mi papá cuando llegaba del trabajo, con su portafolio, sus camisas de manga corta y el gafete del despacho. Yo iba corriendo a saludarlo, pero él me acariciaba el cabello y se iba directo a la cocina, donde estaba mi mamá con la mirada perdida y su cigarro a medio acabar. Solo después de besarla en la mejilla, preguntarle si tenía hambre y que ella contestara que no —o a veces nada—, regresaba conmigo y me cargaba. Mi mamá seguía estática hasta entrada la noche. El único movimiento era el humo que salía por la cicatriz de su labio superior.



A Concha la transfirieron a unas oficinas en el Centro. La bodega no necesitaba tanto personal de intendencia. Concha prefirió que yo me quedara porque el camino al departamento se podía hacer en media hora a paso rápido; además, ahí estaba Sila. Por esa temporada, el supervisor dejó de ir: también se decidió que era un gasto inútil. Sila aprovechó para conectar su estéreo portátil al sistema de altavoces y escuchábamos toda la noche discos de Ministry, de Throbbing Gristle y, siempre que activaba el brazo, poníamos a Chu Ishikawa y veíamos pasar las caras congeladas. Con algunos hispanos, muchos negros, demasiados niños, *junkies* con los brazos destrozados, Sila y yo armábamos una pequeña orquesta. El director era el brazo. Siempre a la misma velocidad, siempre con la agilidad exacta de un gato obeso y robótico, pero gato al fin.



Concha me contó que no conocía bien a mi mamá, o bueno, que nunca la llegó a conocer realmente. Ella había sido igual en Hipólito que en San Esteban, callada, en un eterno

stand by. Concha decía que desde pequeña había sido así; que se la pasaba viendo su cicatriz en el espejo. Creyeron que estaba loca o algo. Cuando entró a la adolescencia empezó a fumar y, como el abuelo les tenía prohibido fumar en la casa, ella empezó a hacerlo en la sala. También Concha recordaba su cigarro a medio acabar, congelado en el cenicero. Ella se acordó de la marca: Delicados, sin filtro.



Sila se fue de vacaciones; solo se iba a ir cuatro días y no quería pedir permiso para que no le descontaran. Me enseñó a manejar el brazo y a interpretar los datos de la libreta de «caducidades».

—Es muy fácil, *ragazza*. Solo metes el código de acá, aprietas este botón y, si se necesita, calibras con esta palanca para que la máquina no choque con los congeladores. Apenas le di mantenimiento. Si el brazo rechina, llena este bote de aceite. Si se traba, resetea la consola así.

—¿No sientes raro de estar moviendo cadáveres todo el día?

—Te acostumbras. Además, pagan mejor que en un McDonald's —sonrió y me empujó con la cadera. Le sonreí de vuelta—. *¿Presto?*

Contesté que sí y me dejó meter tres cuerpos al horno yo sola. Sacó unas Budweiser y brindamos por mi «graduación».



De regreso al departamento, me recargué en un barandal junto a los canales de desagüe. No tenía ganas de llegar con Concha todavía. Hacía mucho que no veía salir el sol. Me puse un cigarro en la boca y, cuando saqué el encendedor, mi cartera se cayó al desagüe; por suerte no traía dinero. Encendí el cigarro y la vi hundirse bajo un montón de lirios. Apenas amanecía. Me puse los audífonos y, mientras sonaba Chu Ishikawa, noté que algo flotaba hacia la pared de concreto. Se estrelló con un chasquido de agua abajo de mí. Por un momento, creí que era un feto, entre morado y gris; pero no, era una muñeca. La miré un rato y me acordé del único regalo que me dio mi mamá. Fue cuando cumplí cuatro o cinco. Como siempre, mi papá y yo cantábamos «Las mañanitas» mientras ella fumaba en silencio y con el humo que se escapaba por

su labio. Se levantó, fue a la sala y me dio una caja envuelta en celofán azul. La abrí más sorprendida que contenta: era uno de esos Nenucos que tienen un agujero entre las piernas y otro en la boca; venía con una mamila y unos pañales de tela. El punto era darle agua para que orinara y cambiarlo como si fuera un bebé de a deveras. Le dije que gracias a mi mamá y le di un beso en el cachete, que ella por supuesto no respondió, y me fui a jugar a la sala. El muñeco venía defectuoso: tenía el orificio tapado; si le daba la mamila, el líquido salía por la boca, dislocada en una «o» eterna.



Sin Sila, los días en la bodega eran bien lentos y aburridos. Aunque también me gustaba estar sola. Podía ver los cadáveres con calma, pensaba en sus hijos, sus amigos o sus esposos; pensaba en si ellos sabían que ya estaban muertos o si el hielo los engañaba, como si estuvieran esperando a que sonara el despertador.

El brazo zumbaba sin moverse. Apreté el botón y dejé que el horno se tragara el cadáver de un adolescente, con mucho vello púbico, que

parecía chino. Marqué en la consola el número que seguía. La máquina rechinó, la puerta del congelador se abrió con un sonido de aire a presión. El brazo tomó el bloque; se veía más pequeño. Cuando el hielo se acercó a la plancha, el disco de Chu Ishikawa estaba a punto de acabarse. Quité la escarcha y vi a una mujer de, yo creo, cincuenta años. Con el cabello delgado y varias partes de la cabeza calvas; tenía tierra en las uñas. El antebrazo derecho estaba morado, casi negro; se veían algunos agujeros gangrenados; también los tenía en el otro brazo, entre los dedos del pie y en el cuello. Aunque la cara estaba llena de arañazos, alcancé a ver la cicatriz. Igual que la de ella, la herida de esta mujer le alzaba el labio y se veía un pedazo de diente amarillo. El casete terminó y escuché cómo se regresaba automáticamente. No tenía sentido buscar información en la libreta; ahí solo había números y fechas. Nunca iba a poder saber cómo se llamaba esta persona o dónde vivía; ni siquiera dónde la encontraron o de qué se murió.

Calculé el tiempo para que, al empezar de nuevo la música, el brazo se activara con el sonido acolchado de los pistones. La máquina

metió el bloque en el horno. Pensé si lo correcto era llorar o rezar, pero supuse que activar el brazo y encender un cigarro ya era ceremonia suficiente.

Normalmente, los cuerpos tardaban como dos horas en cremarse. A través de la ventanilla del horno, pude ver las llamas azules.

La mujer se consumió en media hora, junto con el casete de Chu Ishikawa.

EL CONVENTO ES CÁRCEL

Contar: cosa fácil. Contar bien: eso es distinto. Un, dos, tres, hasta treinta y un choquillosos, pielcuero y dientes postizos. Caras iguales. Así, contar bien y contar fácil son lo mismo.

Hasta que otro montón se arrejunta en mecedora.

A Sor Gabriela, la mayor, pregunté si había viejo de más. «Marica», escupió, «no andes de tonta».

Así, se vuelve fácil, pero no bien, contar treinta y un ancianos en la mañana y treinta y dos antes de dormir.

Como talento ni vocación hay, Sor me encargó que cuente. Se sabe así si un apestoso murió en el baño o se llaga en cama. Las otras dos sores, pero menores, cambian nalgas, lustran

los cueros y preparan arroz y frijol. Yo cuento y cuento. Y sigo contando treinta y dos solo en la noche.

Y desespero porque si ni uno aguanto, menos uno más. Lamedores, deformes, cartones sin vida casi. Vomitan y se empuercan. Dicen las sores que de Dios viene el mandato de amar al prójimo. Esos prójimos, no; son despojos. El convento es cárcel.

Me fijo para encontrar al colado. Anoto en hoja suelta, papel de baño, señas: que si ese mojón es hembra, quién machito, quién sí suena y quién no, quién con silla nada más, quién ni habla. Apelativo no me interesa. El nombre de una arruga es lo de menos. Y eso que Sor, la mayor, ha insistido, desde que llegué, que los aprenda. Yo nomás muevo cabeza en sí y aprovecho que dicen que soy bruta y que por eso el señor que ocupa la mitad de la cama de la mamá me mandó para acá.

Y también porque se robaba la mitad de la mía.

La mamá lo encontró en apenas sin pantalones. Se lo llevó a su cuarto y luego ella dijo: «Que te vas de monja, María del Carmen, porque no se aguanta las ganas». Me llevaron con trabajos: no iba a irme sin patear. El señor

me arrastró hasta la puerta, donde Sor ya estaba. A cubetada aterida lustraron cabello y cuerpo. Lana café encima y gorro blanco. Me convertí en la tercera de las sores, de las menores. Los viejos, esparcidos en el patio, pesadilla la mía. Un montón de murciélagos escaldándose al sol.

Y todos los días cuente y cuente. Y todos los días un, dos, tres, treinta y uno. Hasta que no. Y en unos días ya tenía mi lista de señas. Pinté a los montones con gis en donde no los vieran las sores. Nucas con marcas. Así, no contaba desorden, sino primero uno, luego dos, luego tres. Así el treinta y dos será sin marca. Limpito él.

Pero antes de dormir, desastre: viejos sin gis en nuca. Todos borrados y todos treinta y dos otra vez. Pensé y pensé en y ocurrieron en mi cabeza ideas: listones, papelitos, banderas. Eso también podría el treinta y dos quitar para no encontrarlo. Giré y giré hasta que supe: cortada.

Al siguiente sol, entré, antes de todos despiertos, en cuartos con cuchillo mondador, tomado de la cocina. Y con excusa de medicina inyectada, rajé una crucecita en treinta y un antebrazos de despojos. Treinta y una nada

más. Costra de marca que, si se quita, la cicatriz recuerda. Regresé a lo mío.

Cuando pretendí que alevantaba junto con las otras, ofrecí lustrarlos a todos (cosa que nadie quiere, pero se piadosan que sí), cambiar nalgas bajo palabras que para ellas son hechizo: «Así quiero servir a Dios, el padre, hijo y ispirito santo». Sor, la mayor, impresionada por mi humildad. «Nueva vocación de servicio», bautizó. La treta era para que no vieran la crucecita. Tardé la mañana en terminar y los vestí. Mi marca en todos pasó sin verse; mi marca en todos menos en el treinta y dos, que llegaría sin.

A la noche, decepción. Treinta y dos con crucecita. ¿Se dio cuenta el intruso y él, con su propio mondador...? Imposible, escondí yo bien la marca. Solo que los otros sean cómplices. Reviso de nuevo, para estar segura. Sorpresa: ninguno la tiene. Piel lisa y limpia. Los veo con los mismos ojos energúmenos con que miraba yo al señor: llenos de asco. Todos dormitan, se mueren por una noche más. Y una risilla gargantosa me saca de mi cabeza.

Giro. Un despojo, hombre, boina y pantalón gris. Es el de la risa. En silla de ruedas, bien

despierto; mientras los otros, desmayados de sueño. Se levanta la manga. Ahí la marca.

—Levántele a quien quiera —tose.

Yo agarro lo primero a mano y levanto manga. Ahí, cruz.

—Bájele la manga y vea otra vez.

Obedezco. La segunda vez, no hay crucecita. Aviento esa rama de anciano. Y camino hacia atrás.

—¿Diablón? —murmuro.

—No, pero somos de la misma casa.

Se levanta el boinoso. Es alto, bastante, y se mueve muy muchacho aunque su cara es de viejo viejo. Se acerca. Este no es choquilla. Este huele más a animal podrido. Hace mueca y supongo que eso es una sonrisa. Los dientes son verdes. Se acerca más.

—Hasta ahí —le exijo y tomo un bastón; amenazo—. O de golpes nos vamos.

—La observo de tiempo atrás. De mucho tiempo atrás. Odia usted a los viejos. Odia a las monjas. Odia al padrastro y a su madre. Odia al convento. El convento es cárcel. ¿Cierto?

—Solo no gusto de que cómo huelen, ni cómo se sienten. Sor, la mayor, no verla nunca más no es problema. Sores menores, ni las cuento. Mamá. ¿Mamá? Señor, a ese, de mordidas le

arrancaba el dedo de la panza. Pero odio, creo que no odio.

—Le ofrezco un trato; o venganza. Como lo quiera ver. Llevo atrapado bastante acá y necesito salir y usted también. Puedo hacer que los dos salgamos, pero necesito que usted empiece.

—Trato este. ¿No es condena de alma?

—Depende de con quién haga el trato. A mí solo me interesa escapar.

—¿Qué? Tumba pared y ya.

El otro entrecierra los ojos. Se enoja.

—Si fuera yo de este mundo, por supuesto que así. No soy y mis reglas son otras. Yo necesito, pues, volar de aquí. Pero no tengo alas.

—¿Y cómo me saca a mí de aquí?

—Le digo; no tengo alas, así que necesito otra cosa para volar. ¿Qué le parecen unos globos?

—De eso, aquí, no hay.

—¿Y esos? —señala viejos y viejas. Señala cueros desinflados.

Lo miro, miro y miro y no entiendo. Él lee mente. Saca polvo blanco, un sobre, de su bolsa.

—Con esto, se inflan las panzas y flotan. Los amarramos del cuello y nada más con las piernas de timón de aire, se va uno a donde quiera. Usted gana porque, para ir donde quiero, necesito muchos globos. Calculo treinta y uno. Y quisiera otros tres de repuesto.

—¿Respuesto?

—Las monjas, pues.

—Sor la más y las sores...

—Si nadie está en el convento, más que usted, puede salir. Coge las llaves, abre la puerta y ya. Va, como yo, a dónde quiera.

Funcionaba su plan. En la cabeza. Pregunto más.

—¿Y mueren los cueros, cuando globos?

Fijo me ve. Serio. Helado.

—Es solo el intercambio —corta—. Usted pone toda esta bolsa en el arroz y para en la noche ya están inflados. ¿Trato?

Extiende mano calaca. Yo dudo, pero la tomo; la tomo porque no aquí ni con las sores ni con los cueros soy. No. Jamás. Del otro lado, allá en entre mis cosas y mi casa, sí. El convento es cárcel. Y en mis manos el polvito blanco.

Diablón se va y entra sol. La noche entera pasé ahí. Los cueros desaparecieron. Corro a sus cuartos y todos están dormidos. Las sores,

mayor y menores, alevantaron ya. Voy a la cocina. Una sor esponja el arroz. Palear es cansado y más si es para tanto regimiento. Le digo: «Dios la cuide, sor. Yo muevo. Usted descanse, en sillón de allá. Que mucho me falta todavía para santa». La menor sonríe. Se va. Paleo y paleo y me cuido de no ser ojeada mientras mezclo el polvo.

En el desayuno, ignoro arroz. Regálolo a otro cuero. «A usted le falta, magrecilla. No a mí». Ignoro también frijoles y tortillas. No vaya a ser que el polvo salpique. Todo el día, sin bocado. A pregunta de la mayor, le reviro: «Voto de ayuno, Sor. Solo hoy. Los pecados arrecian». Sor mayor me bendice.

El tiempo lento hasta que, en noche, cuento a los viejos. Antes que el escape, está la costumbre. Cuento treinta y uno y aparece el no Diablón treinta y dos, arrastra a las sores, mayor y menores, cual reses. Las deja en el centro de la sala. Me mira y cuenta en voz baja «tres, dos, uno». Y los cueros y las sores se inflan. Suenan como caucho. Se inflan y se inflan. Botan ojos, rojos, sangre y mocos. Se les rompe hábito y suéteres. A pelo. A pelo como hace mucho no, porque dicen que Sor, la mayor, el hábito no quitaba ni al lustrarse.

Llenan la sala. El aire de su adentro nos quita el espacio afuera. No Diablón corre y saca cuerda. Amarra cuellos y arrastra los globos al patio. Cuento mientras se elevan: un, dos, tres, treinta y uno... treinta y dos, treinta y tres y treinta y cuatro. Los respuestas.

No Diablón se eleva bien lento. Se le ve risa, perro en calle. Me mira. Es feliz como niño. Me da gusto que salga, porque entonces yo también. Pero luego luego veo que no: que ni entre mis cosas ni en mi casa soy. Allá la mitad de la cama es del señor; de la mía y de la de la mamá; eso no va a cambiar. Nunca.

—Llévame —demando—. El convento es cárcel. Pero también lo otro: el mundo es cárcel.

No diablón duda, chasquea la boca y me extiende mano calaca por segunda. La tomo y nos elevamos. Le cierro el ojo mientras le tomo la cintura. Vuelve a chasquear. Su boina se cae y la sigo hasta el techo del convento; nunca lo vi por arriba y se hace chico chico. Veo la casa de la mamá y del señor a lejos. Luego, las casas de los vecinos y las rancherías. El convento y la casa de mamá se van juntando, se borran. Y más lejos, un riachuelo al que creo que fui antes. Luego, ni

eso, solo una sábana verde, junto a otra café y a otra azul. Luego, sábanas blancas.

Dejo de mirar abajo y miro arriba. Y contar bien y fácil se hacen otra vez lo mismo. En el aire, somos un, dos, tres... treinta y cuatro, y treinta y cinco y treinta y seis.

EL CALVO CORTA EL PAVO

En la cama del asilo, Jacobo lo sueña como si lo viviera otra vez. Lorena, su esposa, y sus hijas, María y Viviana, reparten el lomo dulce en platos de unicel. Sus yernos, Adán y Rogelio, ven *Mi pobre angelito* con Carlos, Arturo y Daniela, tres de sus nietos. Carmen (la menor de Viviana) es muy pequeña y ni le pone atención a la película, así que Jacobo la arrulla en sus brazos. Marco, su cuñado, mira el Nacimiento; todavía no tiene las ojeras y el rostro de cicatrices que le dejará la metanfetamina. Victoria, la más chica de las hijas de Jacobo (de dieciséis años), se sienta en la sala con Javier, un novio que le duró solo trece días.

Cuando los ve en esta función privada, Jacobo piensa lo mismo que pensó hace treinta y ocho años: que nunca podría ser más feliz. Y no se equivoca: esta es la única Navidad que pasaron todos juntos.

El anciano (en ese entonces, cincuentón) ha aprendido que el sueño es una especie de película: nadie hace sino lo que hicieron aquella vez. Puede gritar o correr desnudo, pero no cambian las respuestas ni los gestos. Por eso (y porque ama esa Navidad) siempre se sienta donde se sentó, come lo que comió, piensa lo que pensó. Y así está mejor: es un momento perfecto. Jacobo se deja llevar por las respuestas mil veces dichas, los besos siempre dados y los mismos regalos abiertos. Entra en piloto automático; solo vive feliz esa eterna cena de Navidad. El sueño es un río que no cambia desde hace quince años que murió su esposa en ese mismo asilo. Jacobo vive para dormir y duerme para encontrársela (a ella y a los demás).

Hasta ese viernes de marzo, que el calvo aparece y corta el pavo en la cocina.



Las enfermeras no entienden que Jacobo siempre traiga una sonrisa, si sus hijas lo visitan cada nunca y no se quedan ni media hora. Además, está el asunto del cáncer de garganta. Jacobo no convive con los otros retirados y no le interesan ni los talleres ni las películas de los jueves. Le han contado hasta cinco días seguidos en que solo abre la boca para comer. Cuando llegó, creyeron que era mudo. Pero no. Una madrugada que otra retirada gritó durante horas, Jacobo se levantó a mentarle la madre. Por lo que había invertido su pensión en este lugar era por noches de sueño largas y tranquilas.

Jacobo destaca por su memoria. Si está cerca de una partida de dominó el tiempo suficiente, dice quién tiene los cuatros o quién va a ahorcar el juego. Lo mismo arruina el conquián que la canasta. Los otros se quejan y él se va a dormir. Cuando trabajaba en el gobierno, podía encontrar cualquier expediente sin consultar el libro de clasificación. Digitalizaron el archivo y Jacobo diseñó la base de datos. Aunque el sistema fue inútil: se le decía al archivista el documento y, en tres segundos, respondía el anaquel y la foja. La computadora permaneció

en una esquina, en espera de iniciar por quinta vez.

Jacobo ganó lo suficiente para que el retiro lo alcanzara sin molestar ni a sus hijas ni a sus nietos. A él le da igual que no lo busquen, porque tiene sus recuerdos. Los tiene del mejor momento y del único que importa.

Alguna vez, Jacobo se preguntó cuál sería la diferencia entre su vida del sueño y la que tiene en el asilo. Mucha, se dijo. Mientras sueña, el cáncer desaparece, el amor de sus hijas es real y presente, las sobras de la ensalada de manzana saben igual de buenas y cada noche se embriaga un poco (pero solo un poco) con Martell. En esa Navidad habla sin que le queme la garganta por las úlceras, tiene los dientes completos y su cabello no es una masa ceniza.



Ese viernes de marzo, entonces, Jacobo se duerme. Abre los ojos y está en la casa donde vivió cuarenta y tres años, siete meses, tres días y una hora (Sauces 8, fraccionamiento Los Cedros). Sus hijas entran por la puerta. Carlos no lo saluda y Arturo viene dormido en los brazos de Adán; el niño trae puesta una Polo

rosa que le regaló su abuela hace unos días. Jacobo nota el olor a talco en la cabeza de su nieto. Aunque lo ha vivido miles de veces, ese olor le recuerda a un amigo de la universidad.

Se sientan en la sala. La piel de Jacobo se eriza cuando ve a su esposa, pues debe pensar, de nuevo, si debería engañarla con Teresa, la jefa de Contabilidad. Tal cual pasó aquella Navidad, sacude la cabeza y la idea; jamás se perdonaría algo así. Besa a Lorena, por milésima vez, en el mismo lugar.

Jacobo va hacia la vitrina por el mismo vaso limpio para Rogelio y entonces lo ve. En la cocina hay un hombre calvo, con nariz enorme y llena de espinillas, vestido con Dockers, y una playera de franela roja a cuadros. Su loción huele a pachuli. Corta el pavo, metódico y lento; fija la mirada en el ave que destaza.

¿Es un primo de sus yernos? ¿Un amigo de sus hijas? ¿Un vecino que invitaron? Su cara no le despierta ningún recuerdo. El calvo se vuelve un problema, pues Jacobo no olvida a nadie. Se acerca, le pregunta quién es y le toca el hombro. Pero es imposible que ese hombre haga otra cosa que cortar el pavo mientras su calva resplandece en la cocina como un sol diminuto.

Jacobo despierta y, al bañarlo, las enfermeras le ven esa mirada que tienen demasiados viejos de noventa y tres: miedosa y vacía.

Mientras desayuna, intenta acordarse del tipo. Piensa en otros sueños que ha tenido: sin sentido, vagos, sin orden. Termina su compota de guayaba y se convence de que él tiene suerte, pero que la mayoría de los sueños no tienen sentido.

Al día siguiente, Jacobo se duerme en cuanto apagan la luz. Está en su sala. Al lado, su esposa cuenta el chiste de la vaca y el marrano, que a él le parece bien malo, pero también tiernísimo. Se pregunta, mientras le acaricia el cabello, si podrían tener otro hijo. Cuando ella termina, suelta la carcajada de siempre. Siente la piel de su *reposit* de dos piezas —que compró a los ocho días de que se le herniara entre las vértebras L2 y L3— y se levanta, como de costumbre, por otro vaso. De nuevo, en la cocina, el calvo de los Dockers corta el pavo, metódico y lento; no tiene prisa de irse.

Aunque Jacobo sabe que ni va a pasar nada, le dice a su esposa que hay alguien en la cocina que no conoce. Ella responde que sí ha probado el filete a la albahaca, que fue en casa de los Ramos hace unos dos años.

Jacobo despierta en la madrugada, asustado. Intenta dormirse, pero por primera vez en todo el tiempo que lleva en el asilo, pasa la noche en vela.

Las seis noches siguientes, Jacobo sueña y el calvo corta el pavo en la cocina. Y seis veces ha intentado de todo, aventarle un vaso, acuchillarlo o solo bajarle los pantalones. Pero no hay nada que funcione: los vasos no se rompen, el cuchillo se dobla y los pantalones simplemente no se desabrochan.

Las enfermeras lo notan mal. «Por fin, el señor Jacobo ya dio el viejazo». Lo que no saben es que está preocupado. Solo tenía dos cosas bien seguras: su sueño y su memoria; y la segunda le está fallando.

Al día siguiente, sus hijas lo visitan. Hablan sobre el cáncer y los tratamientos y las medicinas y los precios. Cuando se callan un poco, Jacobo saca el tema de aquella Navidad y del calvo, ellas chasquean la lengua:

—Ay, papá, quién sabe. Solo usted se acuerda de esas cosas.

Después de una semana, intenta dormir con la misión de ignorar al calvo: «Si me esfuerzo un montón, pero un montón, me quedo en la sala. El chiste es no voltear, no voltear, no

voltear. De todas maneras, yo no tengo por qué entrar a la cocina, porque no entré aquella vez. Chance y el calvo se va o chance y me acuerdo de quién es. Lo importante es hacer como si no estuviera y ya».

La sala aparece. Adán cuenta que el negocio va mal y Rogelio dice que es porque el dólar anda por los cielos. Lorena habla de un artículo que leyó sobre los salarios en China. Todos se callan. El único silencio incómodo de la noche. Jacobo lo respeta pensando igual que aquella vez: que no le agrada el nuevo comedor; muy modernón para su gusto. Se inventa que no, pero ya sabe que Victoria pondrá el *Romances*, de Luis Miguel. Recuperan el buen humor y continúa la celebración. Carmen se despierta y llora. Jacobo se levanta a arrullarla y pasa junto a Marco, que sigue embobado con el Nacimiento. Debe pensar lo mismo, aunque ahora le duela haberlo juzgado: «Pinche drogadicto».

Cuando Jacobo carga a su nieta, se pregunta si será alta y, aunque seguiría besar la frente a Carmen y prometerle en silencio que siempre le va a echar la mano, se sale del guion. No puede evitarlo. Por más que lucha contra sí mismo, la curiosidad es enorme. Mira a la

cocina. El calvo corta el pavo, ausente, como si no compartiera el mismo sueño. Jacobo sacude la cabeza y grita. Para no enojarse más, prefiere caminar con su nieta por el pasillo; le besa por fin la frente y se calma. Pero cuando la mira, la bebé tiene la cara del calvo, solo que ahora no trae unos Dockers, sino un mameluco rosa y un gorrito tejido.



Ahora, dormir es más una tortura que otra cosa: Jacobo se concentra en su recuerdo (en las miles de repeticiones) para evitar que se le vaya el control: «Las cosas pasaron así y ya. No hay de otra. Todo está igual. Haz bien memoria, acuérdate bien, chingada madre». Y siente que esto es el remedio para no acordarse de él, para que su calva no lo deslumbre y arruine todo.

Mientras está despierto, hace listas mentales de lo que hay y de lo que no debe perder. Intenta tener un recuerdo que dure lo mismo que lo que vivió, que dure lo mismo que el sueño, como si empalmarlos fuera la solución: el olor a sidra, Luis Miguel en el estéreo, la pelea entre Carlos y Daniela, el regaño que les dio María, lo que piensa de

La isla del tesoro, la pregunta de si tendría el valor de suicidarse solo porque sí, el color de los biberones de Carmen, el perfume de su esposa, la temperatura del comedor cuando está sobrio, la temperatura de la sala después de tres coñacs.

La Navidad es una cárcel hecha de detalles infinitos.



Ahora es un viernes de junio. Tres meses lleva el calvo metiéndose al sueño. Jacobo se duerme. De nuevo, la sala. Las risas de sus nietos ya hasta le molestan. Se pregunta si así eran, si se rieron nada más un ratito o media hora o nunca. Ya ni sabe si Marco era adicto a la coca o era alcohólico. Jacobo quiere pararse por Martell, quiere ir por el vaso para Adán, quiere seguir consolando a su nieta. Lo que no quiere es tener esa sensación caliente en la boca del estómago cada que pasa por la cocina, no quiere que le gane la preocupación, voltear y que esa calva lo deslumbre. Lo que realmente quiere es no volver a ver la cara del calvo en esa bebé que está cargando.

Jacobo deja a Carmen en la cuna y va al comedor. Se sienta con su esposa, como siem-

pre; le besa la oreja con ternura, como siempre (aunque ahora no puede actuar tan bien; la ternura es superficial). Por un momento, el remolino se calma. Lorena se revuelve por las cosquillas y le dice que se esté quieto. Voltea a verlo con ojos de amor, solo que no son los suyos: son los del calvo, grises y distraídos.



El problema es que el cáncer de Jacobo va en recesión. El oncólogo le dijo que vivirá otros cinco o seis años más si se cuida. Puede dejar la quimioterapia y comer alimentos sólidos otra vez. Mientras lo oye, Jacobo recuerda el momento antes de despertar esa mañana: sentados a la mesa, como si fuera *La última cena*, sus nietos, sus yernos, sus hijas, su esposa, el novio que duró trece días, todos tienen la cara del calvo.

Jacobo sonríe a fuerzas para la foto que les toma Marco, que por cierto también tiene la cara del calvo. Por el umbral de la cocina, sale la luz del sol minúsculo y, aunque no lo ve, sabe que está ahí adentro.

Como si nunca fuera a acabar, el calvo corta el pavo.

COMO SI FUERA UNA JAURÍA

Habían colgado al hijo, de apenas trece, mientras la bruja se escondía entre los maizales. El llanto la delató en el momento que tronó el cuello del ahorcado, y huyó colina abajo hacia el río. El vello en los brazos de Terry se erizó; sus reflejos de *quarterback* jugarían a su favor; sus Dr. Martens y la cazadora, no tanto. Imaginó que podía oler a su presa, su miedo, su urgencia de vivir; quiso aullar, andar en cuatro patas y salivar.

Pero debía empezar a correr ya. A Daniel le ordenó que fuera hacia el entronque y a Jacob, a la estación del *ferry*. Él seguiría derecho, hacia el puente Port-Prince. Asintieron con la cabeza y salieron en direcciones distintas entre los maizales. Terry llevaba todavía mucha

cuerda en la mochila. El alguacil Jeffrey S. Colescott estaría contentísimo de que el más joven de sus tataranietos también fuera el más fiero, puro y ario. «Un digno heredero del Imperio invisible», tal y como decía mamá Rosie.

Terry salió del pantano. La luna llena era enorme e iluminaba tan bien que se podían ver los detalles de los juncos al otro lado del río. Terry sabía que la bruja estaba cerca. Podía sentirla. Cerró los ojos y calmó su respiración. Puso la rodilla en el piso para concentrarse, como le había dicho mamá Rosie que hiciera antes de cada partido. Durante unos instantes no existió nada más que Terry y su respiración. Se oyó un chapoteo a la izquierda: la bruja intentaba cruzar el río.

Terry corrió hacia ella y la tomó del cabello. La arrastró fuera del agua. La colocó bocarriba y le puso la bota sobre el cuello. Mamá Rosie decía que la bruja era deforme, con tumores en los pómulos y que no tenía abdomen y que sus piernas empezaban justo abajo del pecho; que sus ojos estaban inyectados de verde, que el vudú la había vuelto el vehículo del diablo. Aunque respetaba a mamá Rosie, siempre supo que esas eran tonterías, pero

tampoco esperaba que la bruja se viera tan joven: no tendría más de treinta y medía casi lo mismo que una adolescente. Algo parecido a la compasión surgió en él, pero en seguida fue enterrado por las palabras de mamá Rosie: «El demonio siempre es negro y se esconde en la fragilidad de una mujer». Hundió más la bota en su cuello y levantó la mirada para respirar el aire de la noche. A su izquierda, vio el ciprés donde el alguacil Colescott colgó a su primer negro.

Terry estaba «pasado de moda». Por las historias de mamá Rosie, creía que el Imperio invisible debía establecerse en América, que los negros, japoneses y mexicanos no tenían lugar en la tierra de Dios y que la túnica blanca debía enarbolar todos los eventos cívicos. Ni siquiera su padre y sus tíos, respetables supremacistas blancos, tenían la visión de Terry y de su abuela: el Klan estaba a punto de tener su tercer surgimiento. Y este iría más allá que el *hatecore*, lo neonazi y el simple racismo. El nuevo Mago imperial establecería orden, haría regresar la época dorada. Y Terry tenía en la mira ser como Colescott: Gran Dragón del Reino de Luisiana.

En su casa, había una foto viejísima del alguacil: con bigote confederado y gesto serio. En la parte inferior del marco, se notaba la túnica blanca del Klan. Terry había mirado esa foto desde niño y siempre se preguntó por qué ni su padre, ni su abuelo, ni sus hermanos tenían ese poder en los ojos. Mamá Rosie le había contado durante todas las noches de su infancia sobre ese mítico 15 de febrero de 1922 en que el joven Colescott ahorcó a un negro en el ciprés de Port-Prince. Lo llevó a conocer el lugar una mañana de domingo después de la iglesia.

—El ciprés está seco, Terrence, pero no el espíritu del alguacil —le dijo, mientras le hacía cosquillas en el cuello—. Mi abuelo vive en ti, mi niño, y tú alzarás el gran espíritu águila de los Colescott.

Su abuela lo abrazó y le dio un beso en la frente. En ese momento, Terry sintió que también el mismísimo alguacil lo abrazaba y lo bautizaba junto al ciprés. Su abuela siempre olía a algo que lo hacía sentir muy bien, que lo regresaba a tiempos más sencillos. Pero era un olor difuso, lejano, y después de la muerte de su abuela, nunca más volvió a olerlo.

Terry despertó de su ensueño, giró a la bruja y le amarró los brazos por la espalda. La arrastró hacia el árbol, consciente de su destino y dispuesto a aceptarlo. La tiró junto a las raíces y pasó la cuerda por una rama gruesa. El otro extremo, con un nudo firme, lo colocó alrededor del cuello de la bruja y la puso de pie de un tirón. A la bruja le costaba respirar, pero clavó sus ojos en Terry.

—Déjame ir y no te mato —dijo ella; era una orden.

Terry se detuvo. ¿Cómo podía no suplicar? ¿Cómo es que no tenía miedo? Sacudió la cabeza y recordó la advertencia de mamá Rosie: «El poder del vudú corre por la sangre de la bruja. Pero es un poder falso; es una lengua de serpiente». El instinto de Terry se encendió y resultó en una risa. Escupió la cara de la bruja. No le contestaría.

—Tus amigos van a morir por lo que le hicieron a Juda, pero tú solo déjame ir y sigues vivo.

Con los sesenta kilos que le sacaba a la bruja, jaló la cuerda y la levantó de un tirón. Aunque era increíblemente fuerte para ser un muchacho de veinte años, le costó trabajo que los pies de la negra se alzaran unos treinta

centímetros. Terry amarró el extremo a una de las raíces y esperó mientras la mujer moría en espasmos.

Se sentó a mirarla hasta que dejó de moverse y todavía esperó unos diez minutos más para contemplar su obra, con grillos y sapos de fondo. «A su salud, Gran Dragón. Y también a la tuya, mamá Rosie», pensó Terry. Sacó su iPhone, vio la hora, tres de la mañana, e intentó marcarle a Daniel y a Jacob; no había señal. Le daba pereza enterrarla él solo, pero no podía permitir que los liberales lo llevaran a juicio por la muerte de una perra como la bruja. Había que descolgarla y desaparecer el cadáver. Antes, tomó unas fotos. El ciprés lucía hermoso bajo la luz de la luna y con un cuerpo columpiándose de sus ramas.

Terry creyó ver que el cadáver abría la boca ligeramente. Encendió la lámpara de su celular y la acercó al rostro. Unos tatuajes blancos, rayas y círculos, empezaron a aparecer en la cara de la bruja. La mujer abrió los ojos. Asustado, Terry tropezó con las raíces. El cadáver dijo algunas palabras en una lengua que nunca había oído y vomitó negro sobre su cara.

El líquido entró por su nariz, por su boca, sus oídos; lo sofocaba. También ardía. Terry se pudo quitar un poco del vómito de los ojos y corrió hacia el río para lavarse. Se sumergió completo mientras se tallaba la cara. Salió y gritó de rabia. Se quitó la cazadora y se tiró a la margen del río a que pasara el dolor.

Pasaron unos cinco minutos. El ardor se volvió soportable, abrió los ojos y miró el cielo. Miles de estrellas brillaban en el cielo, testigos del inicio de su nueva vida. Respiró profundo y se calmó. «¡Qué bonita noche!», pensó. Sintió frío y buscó su cazadora. En ese momento, se dio cuenta de que estaba descalzo, de que en lugar de los Levi's ajustados y negros llevaba un overol desgastado; le quedaba enorme. Sus manos eran negras. Negras como el vómito de la bruja.

Terry se asustó, pero no le dio tiempo de pensar mucho, porque se escucharon los pasos de caballos acercarse. La noche se iluminó todavía más: decenas de encapuchados, blancos, imponentes; todos con los símbolos del Klan a la vista. Los caballos venían con el uniforme impoluto. Uno de esos hombres llevaba por lo alto una cruz incendiada. Otro, con túnica

púrpura, señaló a Terry y tres se abalanzaron sobre él y comenzaron a golpearlo.



Cuando Terry despertó, estaba sentado entre las raíces de un ciprés; una cuerda gruesa le rodeaba el cuello. Levantó la mirada: el árbol estaba vivo, sus hojas relucían a causa de la enorme cruz de fuego que se alzaba a veinte metros; podía oír cómo crujía la madera al arder. Una multitud de capuchas blancas estaba frente a él. Terry gritó que todo era un error. Un culatazo le rompió los dientes y la nariz.

Terry se atragantó con su propia sangre. Alzó la mirada. El de la túnica morada se puso al frente y se quitó la capucha. Bajo ella, apareció un hombre con la frente amplia y lentes bifocales redondos. Blanquísimo y rubio. Tenían los ojos azules. Terry lo reconoció de inmediato: el general William Joseph Simmons, el gran Mago imperial, responsable del primer resurgimiento del Klan. Terry tragó saliva. Simmons se arrodilló frente a él y olió el aire entre ellos.

—Basura negra. Basura negra que ha de ser abono para nuestra tierra blanca.

Se levantó y con la mirada despreció a Terry. Otro encapuchado, de túnica blanca, rompió filas. Simmons se acercó a él y lo tomó por los hombros.

—Mi querido, mi hijo adoptivo. Este es el día en que fundamos el Reino de Louisiana —empezó a hablarle a la multitud—. Este es el bautizo de sangre de nuestro hermano, de nuestro hijo pródigo, del próximo líder, de mi más querido. Celebremos, pues, que en nosotros está a punto de nacer un Gran Dragón.

La multitud estalló en gritos. Algunos dispararon al aire. Terry gritó otra vez que él era un hermano de la supremacía blanca, que estaban equivocados, pero su súplica se ahogó porque apretaron el nudo del cuello.

El otro hombre se quitó la capucha. Aunque era apenas un adolescente, aunque no tuviera el bigote, los ojos eran los mismos y Terry lo reconoció de inmediato: Jeffrey S. Colescott. Enorme a pesar de que no podía pasar de los quince, tomó el extremo de la cuerda y, de un tirón, lo puso de pie. Terry sintió miedo por primera vez en su vida y comenzó a llorar. Colescott se acercó a él.

—Por favor, pa Jeff, por favor —murmuró Terry.

Colescott se detuvo unos segundos. ¿Cómo es que este negro sabía su nombre y por qué se atrevía a tratarlo con tanta confianza? Dudó. Entrecerró los ojos para reconocer si este negro trabajaba en la plantación de su padre, si había jugado con él cuando era niño. Pero la energía de la multitud lo apresuraba y se envalentonó.

—Los espectros no tienen derecho a llorar —le respondió.

Le soltó un puñetazo en el estómago y con la rodilla golpeó sus testículos. Las túnicas blancas volvieron a explotar en gritos.

Con un solo movimiento, levantó a Terry y amarró el extremo de la cuerda a una de las raíces. El cuerpo de cincuenta kilos de Terry no era mucha competencia para Colescott. Los pies negros quedaron a unos treinta centímetros del suelo. La multitud seguía gritando, disparando al aire, como si fuera una jauría de perros rabiosos. Colescott se colocó al lado de Simmons y, con los brazos cruzados, vieron columpiarse al negro en el ciprés.

Mientras Terry moría, recordó el sonido del río de aquel domingo por la mañana, la luz del sol, y el viento frío, y el calor del cuerpo de mamá Rosie y su olor cuando lo abrazó junto al ciprés seco: una mezcla de roles de canela y mermelada de calabaza.

VINIERON DEL NORTE

Después de los huesos rotos y las gargantas abiertas, hubo silencio. Martín se limpia la frente; la sangre podría ser suya. Revisa los cuerpos. También revisa la cabaña. Encuentra el cuerpo de Lucas; lo colgaron ahí como si fuera una res, degollado y de cabeza. Martín no llora, pero le duele demasiado; recuerda su voz, la tranquilidad que le daba. A él o a cualquiera de la tribu. Justo por eso lo mataron.



Vinieron del norte, de la isla Kaffeklubben. Cuando todavía teníamos radios, televisiones e internet, nos enteramos: un rompehielos fracturó un glaciar en busca de petróleo. Despertaron una especie antiquísima. No

fueron ni grises ni pleyadianos, ni siquiera nosotros los que nos extinguieron. Fue un hielo enorme y su mensaje de un pasado que nadie puede reclamar como suyo.



Un tiburón boreal eclosiona y sale del vientre el 23 de febrero de 1455, el mismo día que Gutenberg imprimió su primera Biblia. Ve a su madre solo por un minuto; en ese momento, un copépodo que vivía en ella va a parar al ojo izquierdo de él. Después, ella sigue el rastro de un cadáver de arenque. Él nada en dirección contraria y nunca volverán a encontrarse.



Martín encuentra una botella de litro y medio de agua marrón. Se tardó demasiado en rastrearlos. Se acabaron las pocas balas y la comida que tenían. Así que Martín no solo perdió a Lucas y a su tribu; también agotó sus propios recursos en esta búsqueda. Se queda otras horas en la cabaña; revisa cada rincón. La recompensa: una barra de granola caduca y un cigarro mojado.



Parecían toros blancos. Parecían. Asumimos que lo más similar a ellos era un hormiguero, con una reina central, inalcanzable, desconocida, supuesta. Eran agresivos y voraces y su botana favorita éramos nosotros. Nos rastreaban donde fuera. Eran masacres tras masacres tras masacres. Si duramos tanto fue porque llegamos a ser demasiados humanos, esparcidos por todos lados. La respuesta militar fue inmediata y fracasó. La carne de estos toros emanaba una especie de pulso electromagnético que volvía inútil nuestra tecnología: radares, misiles teledirigidos, celulares. Todo moría cuando se acercaban. El ruido blanco era su marcha de guerra.



Martín sale de la cabaña. El bosque se extiende frío y con niebla. Atardece. Camina sin dirección. Busca un río. Ahora hay muchísimos más que hace cincuenta años, pero debe tener cuidado. No solo están los toros blancos; también los lobos, los osos y los pumas reclaman territorios que les pertenecieron siempre. Martín piensa en tres cosas: comida, agua y que, de alguna manera, el asesinato de Lucas todavía pertenece a su mundo, es

algo que puede entender, algo por lo que puede entristecerse. No existe solo la furia ciega de los toros blancos. La venganza sobresale entre la indiferencia de la naturaleza.



En medio del caos, un periódico siberiano sacó una nota que casi a todos nos pasó desapercibida: se había visto a toros blancos comer, con la misma voracidad que a los humanos, a colonias enteras de *Phodopus sungorus*, el hámster ruso común.



El tiburón boreal se cruzó con los humanos dos veces en su vida: la primera, fue con el cadáver de un bucanero francés arrastrado hasta el ártico. Había muerto cerca de isla Tortuga después de un sitio español. Extrañamente, el cadáver llegó íntegro, hinchado de escorbuto y agua; aunque esto el tiburón no lo supo muy bien: la colonia de copépodos ya le había devorado el ojo izquierdo y, con el derecho, solo distinguía sombras. El tiburón, sin miedo, mordió el costado izquierdo. El sabor no le agradó y faltaba la consistencia gelatinosa que solo los calamares tienen.



Millones de recursos se gastaron para entenderlos y destruirlos: biólogos, médicos, psicólogos, veterinarios, lingüistas, zoólogos y etólogos lo intentaron. En algunos enfrentamientos, se obtenía un cadáver de toro blanco por decenas de cadáveres nuestros. Las necropsias sacaron en claro algunas cosas: devoraban todo cuerpo humano que encontraban, vivo o muerto, no parecían seres inteligentes (al menos no como nosotros), emitían ese pulso electromagnético a través de sus músculos, eran ciegos pero detectaban la esencia humana a unos diez kilómetros. Anaeróbicos, bastante fuertes, pero de poco peso y pésimos trepadores. No había caracteres sexuales a la vista. Un grupo de científicos sudafricanos encontró que la única biomolécula identificable en sus cuerpos era un isómero de la dopamina, que compartían con el *Homo sapiens*.

Se supuso que así era como nos rastreaban: «olían» nuestra molécula. Intentamos suprimir nuestra dopamina y, en efecto, los toros blancos nos ignoraban, nos volvíamos invisibles para ellos. Pero el precio era altísimo: los soldados

que se sometieron al experimento murieron asfixiados por Parkinson a los pocos días.



Martín piensa en su vida antes de los toros. Recuerda a su padre y los entrenamientos de comando en el desierto de Sonora. Durante su adolescencia, creyó que sería inútil saber prender una fogata o desollar un venado. También, que era sádico que su padre lo dejara encerrado bajo tierra durante días (para acostumbrarse a la oscuridad). Ahora, entrenado desde siempre para ser un depredador, agradece en silencio a su padre. No lo extraña. Lo odia. Aunque le enseñó lo más importante que se puede saber en estos tiempos: devora o te devorarán.



La segunda vez que el tiburón boreal se topó con un humano se encontró con un montón de ellos. El casco del Titánic se hundía en el Atlántico norte. El tiburón, ahora ya ciego, olía a todos morir a unos cien metros. Pensó si era buena idea acercarse por algún bocado, pero el desplazamiento de agua lo desanimó. El aroma

de una hembra se asomaba por el norte. El tiburón nadó hacia ella.



La tentación escatológica fue demasiada: grupos extremistas surgieron alrededor del mundo. Los toros blancos eran un castigo de dios. Los de herencia semítica rastreaban su origen en las siete plagas de Yahvé; los budistas los pensaban como la separación definitiva de los skandhas. Suicidios colectivos y escuadrones de la muerte completaban el exterminio. Si acaso un dios nos castigaba a nosotros los humanos, nos preguntábamos cuál habría sido el pecado de los hámsters rusos.



Martín da el último trago a la botella de agua. Va a vomitar violentamente dos kilómetros más adelante. Pero ahora, sigue caminando: piensa en las noches en que Lucas los arrullaba a todos con una canción de cuna. Nunca creyó que hombres duros y despiadados, exmilitares, rompehuelgas, policías y sicarios, se acurrucaran como cachorros alrededor de una fogata y se dejaran ir, tranquilos y dóciles,

por el canto de un enano tan delgado como Lucas. Martín no quería aceptar el mundo en el que estaba, uno salvaje, animal; no quería aceptarlo, excepto cuando se acercaba a la fogata y esa voz hacía que cerrara los ojos con una sonrisa.



Abandonamos las ciudades. Regresamos a ser tribus, el dinero dio paso al trueque, la democracia al feudalismo, la tecnología al ritual. La historia del mundo iba en reversa. Nadie acumulaba más que comida y agua. A nadie le importaba el mercado ni los sobornos. Ahora, vivir o morir dependía de tu tribu; lo importante era la continuidad de lo común. El grupo protegía y salvaba; a veces, hasta de los toros.



La culpa y el dolor se reparten en partes iguales dentro de Martín. Él fue quien contactó a los madereros del oeste, él fue quien convenció al concejo de hacer tratos con ellos, él fue quien sirvió de intérprete y diplomático. Y durante unos meses, todo iba muy bien. Pero la madera, tratada para evitar las termitas, la fuente de

calor que les permitía no morir en el invierno, se convirtió en la desgracia de Lucas.



Siempre creímos que el mundo se iría con nosotros. No fue exactamente así. Lo que desapareció fue el mundo humano, al menos como lo conocíamos. Ninguna empresa, ningún gobierno sobrevivió. Tuvimos que recurrir a otras cosas, cosas que no esperábamos que surgieran: la compasión fue un poco más útil que la violencia. Y así, rascamos un poco más de vida, nos creamos un espacio, cada vez más pequeño, pero algo todavía nuestro.



Una de las matriarcas se lo dijo directo:

—Lo envidian. Lo quieren para ellos.

—No podemos dárselos —contestó Martín—.

Es de todos nosotros. Sin él, moriremos.

—Habrá guerra si no se lo entregamos.

—Pues iremos. Y ganaremos.

—No podemos darnos ese lujo —la matriarca se acercó y puso su mano sobre el hombro de Martín—. El concejo decidió una tregua. No será ni de ellos ni de nosotros.

Martín se quedó callado y miró a la matriarca.

—Los muchos son primero. Recuérdalo. Lucas nos hace mejor la vida. Pero sin la madera, ni siquiera tendríamos vida. Vive con nosotros y déjalo ir.

La matriarca se alejó. Martín miró un tronco arder. Se dio cuenta de lo mucho que disfrutaba el calor de esa fogata y, por un segundo, lo prefirió a Lucas. Sintió que había traicionado a alguien, no a Lucas, no a él, no a la tribu. Simplemente, se sintió un traidor.



—No me hagas esto, por favor.

—Es tregua, Lucas. Solo así vamos a ser todos juntos. Si no, vamos a tener que ir a la guerra.

—¡Pues vamos! ¡Tú y yo podemos matar a su cacique! En la noche. Esta misma noche.

—Sería más guerra, Lucas.

—Entonces, matamos a todos los madereros. Conservamos un artesano o dos, aprendemos su arte y, y, y...

Lucas se calló. Tenía miedo, no comprendía el porqué de su sacrificio. O sí entendía, pero entender su destino no significaba que

lo quisiera. Abrazó a Martín un buen rato. Martín solo le palmeó la espalda.



En una semana, un grupo de cuatro verdugos, mitad de la tribu de Martín, mitad de los madereros, fue por Lucas y lo llevaron a una cabaña lejos de ambas aldeas. Lo asesinarían y, con su corazón fresco, se cerraría la alianza entre los pueblos.

Si Martín se hubiera decidido a seguirlos unas tres horas antes, habría alcanzado a Lucas vivo, lo habría rescatado y hubieran hecho su propia tribu, una de dos personas, una con canciones de cuna todo el tiempo. Pero se tardó demasiado, lo detenía el miedo de no poder regresar, de saber que salvar a Lucas era, de alguna manera, también condenarlo a lo salvaje, a los lobos, a los pumas, a los osos. Martín podía protegerlo de cuatro verdugos distraídos, pero jamás de un toro blanco.



Martín oye algo, indefinido: ruido blanco, el rugido de guerra de los toros. Realmente ya no tiene razón para correr, se le acabó la barra de

granola y está muy cansado. No trae siquiera su machete. Pelear sería inútil; correr también, pero incluso así lo hace. Se mueve lo más rápido que lo deja la deshidratación. A lo lejos, ve una torre de electricidad. Corre hacia ella.

Martín trepa con sus últimas fuerzas. El metal está frío y el rocío de la mañana lo vuelve resbaladizo. Con subir unos cuantos metros, sería suficiente para librarse de los toros blancos, pero sigue subiendo, hasta la punta. Se acomoda, enciende el cigarro que encontró en la cabaña y mira el bosque, que se vuelve cada vez más blanco. Martín cree que es la neblina lo que cubre el horizonte, pero después ve que se mueve como si fuera un líquido. En alguna época, pensó que la tribu lo mantendría a salvo, que habría un momento en que vivirían, humanos y toros blancos, cada quien por su lado. Ahora se da cuenta de que este planeta ya no tiene lugar para él ni para ninguno que se le parezca.



El tiburón boreal pasó cerca de Kaffeklubben cuando el rompehielos fracturó el glaciar. Escuchó a los toros escapar de su encierro milenario.

Décadas después, cuando el último de los humanos era devorado, el tiburón descendió más que nunca; cazó una medusa abisal. Nunca supo lo que era la belleza, ni la compasión, ni el desprecio, ni el odio. Terminó su cena y subió a aguas más iluminadas.

Para él, los últimos cincuenta años de la humanidad fueron un parpadeo, una corriente tibia por donde nadó alguna vez en verano.



Para esta edición, se utilizó la tipografía libre New Century Schoolbook, a 10 puntos (más o menos) para interiores. El texto se maquetó con \LaTeX . Los archivos editables de esta obra están disponibles en amigosandfoes.com Si no los encuentras, escribe a pedroacunhag@gmail.com

El papel de interiores es cultural de 75 gr. y la portada, pues, depende, porque la vamos cambiando según lo que nos guste en el momento.

